NUEVOS CUENTOS

cuentos

JOSE MONEGAL

6

libros populares alfa

colección
libros
populares

6



josé
monegal

nuevos cuentos

cuentos

editorial alfa
montevideo

Printed in Uruguay · Impreso en el Uruguay

la negra maldición de silvestre cardona

Capataceaba la estancia Dos Lagunas Silvestre Cardona. A pesar de ser el más reconcentrado y taciturno de los hombres era muy considerado y respetado por todos. Andaría entre los cincuenta o sesenta años. Tenía veinticuatro cuando cierta noche llegaron con él. Nunca más se movió de allí. Sucedió que don Longino Paiva, dueño de Dos Lagunas, venía del pueblo a su estancia. Al cruzar el breque por el Paso de la Negra, en la costa vio un hombre caído, al parecer muerto. A su lado pastaba un caballo ensillado, transido. Con el cochero, subió el hombre al vehículo pues observó que respiraba, y lo llevaron a las casas. Allí, a fuerza de ser cuidado por la parda Virginia, doctora del pago, revivió y se repuso. Tres días después comenzó a trabajar como un peón casero; luego salió al campo. Paiva conoció que el hombre sabía profundamente todo lo relacionado con una hacienda, respecto a marcha y trabajo: domador, trenzador y alambrador... Dos veces intentó don Longino llevarlo a la categoría de capataz. Cardona no aceptó.

—Déjeme como estoy, don Longino— dijo. No me gusta mandar; el mando no me dejaría cavilar como quiero.

Pero a la tercera tuvo que aflojar. El estanciero le había hablado con palabras precisas y convincentes. Así es que desde sus treinta años pasó a dirigir la hacienda Dos Lagunas.

Algunos días, después del trabajo, Silvestre ganaba su cuarto, en el que sólo la negra Dioga entraba, para la limpieza; descolgaba una guitarra que había conseguido, y empezaba a tocarla. Primero en acordes perdidos que se iban, poco a poco encajando en una tonalidad, hasta llegar a un estilo, un triste, una milonga... Y en cualquier aire que fuera, pasado un tiempo, metía su voz grave y limpia —pero siempre velada— Todo esto lo sabían muy bien los peones y las sirvientas que sigilosamente se arrimaban a la puerta y de allí escuchaban recogidamente la música tenue, casi misteriosa, que sonaba adentro. Así es que el hombre, con su taciturnidad, su concentración, su sabiduría, su música, y su pasado que nadie sabía, se fue rodeando de cierto enigmático prestigio.

Los veranos llegaban a la estancia la mujer e hijas —dos de espléndida belleza— de Paiva. En el correr del tiempo allí se fue notando que en los dos meses que pasaban estas personas Cardona se apartaba en lo posible de las casas. Salía de madrugada al campo, volvía a medio día —a veces no volvía—, salía de nuevo y aparecía de noche. Llamaba a los peones, impartía órdenes, y otra vez, en la madrugada, desaparecía de las casas. A la negra Dioga le dijo un día:

—El patrón quiere que yo coma en la mesa, con ellos. Pero mirá Dioga: te viá decir que sos a la única mujer que no le disparo. Más que miedo, frío en el hígado me da todo lo que lle-

ve pollera. No te quedés asina como sapo frente a una crucera...

—Usté siempre jué, y es, don Silvestre medio lunático, desculpe.

—¿Lunático?...

Ese año una de las niñas llegó a casa casada. En la estancia le nació su primer hijo. Don Longino Paiva en homenaje a ese nieto, hizo fiesta grande. Decretó tres días de ocio a su personal; el tercero le ofreció una comida. Patrón, servidumbre y peones se sentaron juntos a la misma mesa. Allí estaban la señora y las dos hijas del estanciero y tres o cuatro comadres que habían venido de otras estancias. Y allí estaba Silvestre, encogido, encuevado, sufriendo, pues no se pudo negar ante el vehemente pedido de su patrón para que lo acompañara en ocasión tan jubilosa: Se comió por lo alto y se bebió más alto aún. Vino y licores encendieron los espíritus. Ya se había roto la barrera entre amos y servidores, todos reían, todos gritaban. En una de esas la negra Dioga, que iba y venía, comiendo y bebiendo mientras servía, gritó:

—Patrón: tiempos pasados don Silvestre me dijo que en viendo mujer se le enfriaba el hígado, ¡y qué se yo! ¿Por qué no le pide que aclare eso, que pa mí es tan frucido?

Entonces se alzó la voz de una de las mozas, dulce y fresca. Se dirigió a Cardona:

—Tiene que explicar eso, Silvestre, sobre todo a nosotras las mujeres ya que, si no nos dice su porqué, nos sentiremos ofendidas.

Silvestre levantó la cabeza, que la tenía caída, y sus ojos fueron hasta los de la que había hablado. Corrió el silencio por la mesa y en él

se puntearon las palabras del hombre, que fueron éstas:

—Ta bien, niña, le diré el porqué...

La voz del capataz se tendió leve, pero claro su timbre. Dijo:

—Allá por el centro, tal vez a sesenta o setenta leguas de este pago, había una estancia. El dueño de esa estancia buscó mujer, se casó. Al caserón le llegó patrona y con ella dos hermanas. En total, tres mujeres nuevas allí. La doña tuvo un hijo y una hija que se jueron criando. Una vez apareció su hombre muerto en la cama. El mal que lo mató no se aclaró nunca. La estanciera comenzó a sentar su mano por sobre todo. Era ruin con los peones, fiera con las sirvientas, sin yel con los hijos. Regenteaba como quería a las dos hermanas, solteronas ellas, y entre las tres comenzaron a hacer el mesmo infierno. La hija, ya moza, en las asomadas al camino que hacía, se consiguió un mirar por parte de uno que lo pasaba seguido. Tanto penaba allí que con tal de prenderse a algo, aunque juera un abrojo. La encerraron, no la dejaron salir más, y dispués de mucha lágrima y de mucho desespero, un amanecer el hermano la encontró colgada de un tirante. Mire niña: viá cortar esta relación porque pa encima de una fiesta sería como comer una naranja con sal. No conocí, creo que naides habrá conocido mujer tan mala, tan ruin, tan mal querida como aquella. Al mesmo hijo, que ya por ser hombre y salidor se había conseguido un querer, se la hizo trair undía a su casa, con el fin de conocerla, pa aparecer al otro día de su llegada tuita retorcida en la cama, con los ojos abiertos como de enloquecida, y la boca,

soltando un veneno que le habían dao no sé cómo. Y el hijo montó a caballo, y medio ido comenzó a andar, andar, andar,... sin sentir que el sol iba y venía, que el camino corría, que las noches pasaban... Yo conocí todo eso niña, que me valió pa ver en cada mujer aquella mujer. Me adentró como un embrujo, sentí como una maldición...

Calló Silvestre Cardona, su barbilla de nuevo se pegó en su pecho. Una extraña emoción pasó por todos. La moza habló:

—Es muy triste esa historia, Silvestre, pero muy sin razón lo suyo. Piense que si aquella mujer fue mala, temida, y odiada, hay otras que son buenas y queridas. Piense en su madre.

Y Cardona, humillado como había quedado, dijo sórdamente:

—¡Es que aquella mujer era mi madre, niña!

renuncia del comisario portela y del cabo lapuente

Hacía tres días —de claro en claro y de oscuro en oscuro— que el capitán Quintín Portela —comisario de la frontera— acompañado por el cabo Donato Lapuente —a quien le decían Escofina por lo áspero que era— andaban tras el rastro de Luis Junco, mozo que vivía fuera de la ley.

Tanto el capitán como el cabo eran zahorís de picadas y montes, de sierras y cortadas. Había habido un choque entre la policía y una cuadrilla. Esta fue deshecha: dos marcharon al hoyo y cinco a las guascas. Pero Junco se les había hecho humo.

Portela estableció un cerco sobre la línea, y él con su subalterno se dieron al trabajo de más pena y riesgo: revisar el espeso monte del Palmar.

El capitán mantenía un odio especial por el citado Junco pues ya iban cuatro veces que le había hurtado el cuerpo y, lo que es peor, que en la primera le había rebajado una oreja con un plomo. Su autoridad y su prestigio tenían ese único lunar; a él sólo le correspondía sacarlo...

Y como a las tres de la madrugada, mientras pasaban un abra, Portela se detuvo bruscamente. Había oído el rítmico masticar de un caballo. A lo yaguareté buscó las ramazones y avanzó en la sombra, más guiándose por el oído que por los ojos. Hasta que levantó un maneador; en la la punta de él estaba el caballo del que huía. Cerca, hecho una pelota sobre su apero y bajo su poncho, dormía profundamente Luis Junco, Cayeron sobre él, lo maniataron.

—Junco —habló Portela— vas a declararme algo. Dispués pienso degollarte.

Junco, aplastado por el peso del sueño y de su tragedia, respondió:

—Hace tres días que no descanso juyendo. ¡Deguéyeme o déjeme dormir, no estoy pa declaraciones capitán!

Cayó panza arriba y siguió roncando.

—Andá tráir los caballos —ordenó el comisario al cabo.

Al rato apareció Escofina con dos caballos de tiro.

—Hacé juego —dijo el capitán.

En tanto el indio juntaba unas ramas secas, Portela bajó una maleta y una calderita que a los tientos llevaba. Poco después ambos tomaban mate.

Hasta que empezó a filtrarse en el monte la luz del sol que nacía. En cuanto pudieron verse las caras se allegaron al arroyo a remojarlas. Luego Portela sacudió a Junco hasta despertarlo. El mozo abrió los ojos y los pasó por monte y hombres como si del cielo hubiera caído.

—Gueno —habló el capitán, que era parco en palabras, un ser extraño, solitario, duro e insociable— ya haberás descansao bien. Declarame unas preguntas que te viá hacer, sin nenguna gambeta; dispués te viá cortar la correría, bandido.

Junco se enderezó sobre sus pilchas, quedó sentado. Dijo:

—Mire, capitán: no sé lo que van a valer mis declaraciones si me va a despenar encima de ellas...

—¡Mirá cascarriento, no lo pongás peros a lo que te intimo! El cabo Escofina tiene que oir lo que digas...

—¿Y quién es el cabo Escofina...?

El subalterno dio un salto y encajó una bota en el costillar de Junco, mientras refunfuñaba:

—¡Con Donato arranco y con Lapuente concluigo, deslenguao!

Se dobló el mozo y se estiró después.

—Disculpe, cabo, no le conocía el nombre ni el apelativo; pero como el capitán le dio ese trato y usté no lo patió a lo mula...

—¡Gueno, gueno, basta canejo! —tronó Portela.

Aquí levantó su voz también Junco, le chispearon los ojos.

—¡Basta, sí señor, que estamos estirando muy al ñudo la cosa! Usté dijo que piensa degollarme, no lo dudo. Pero si tiene hijos no lo haga, que yo también los tengo, y chiquitos...

—¡No tengo hijos!

—Hágalo por su doña, vea que la mía va a quedar en el desamparo, capitán...

—¡No tengo mujer!

—Pues entonces por sus tatas, mire que los míos son viejitos, no van a aguantar la pena...

—¡No tengo tatas!

—¿Ni amigos, ni aparceros, ni...

—Nada de eso tengo ni he tenido, ni falta que me ha hecho!

Junco intensificó su mirar, que lo tenía clavado en el duro del comisario.

—Pero dígame una cosa: ¿nunca tuvo tatas?

—¡No los conocí; me crié guacho en una estancia, a patada y arreador! Asina es que...

—Mire capitán disculpe que le corte el tiento. Con todo eso encima pué degollarme como y cuando quiera. Pero le viá decir una cosa: por lástima que me tengan los que me van a llorar no van a empardarla con la que yo tengo por usté en este momento. ¡No creí nunca, en el correr de mi vida, que me iba a topar con un cristiano tan desgraciao, tan redotao, y tan basuriao por la suerte como usté!

Allí cerca había un gran árbol caído, abatido quién sabe porque pamperada reseco ya. Hasta él retrocedió Portela y se sentó en uno de sus gajos. Y cayó en una abstracción tan profunda que el cabo comenzó a rascarse nerviosamente y mirarlo con azorados ojos desde el ángulo donde estaba tieso sobre el arco de barril de sus piernas.

Los cardenales tocaban primas, los sabiás terceras, y los mangangás bordonas. Pirinchos y venteveos escandalizaban, y a veces un bando de cotorras pasaba envuelto en un chismerío, rumbo a algún maizal distante, en tanto tres patos sostenían una conversación gangosa cerca del camalotal del arroyo. Y el tiempo pasaba, Portela no se movía; Lapuente se rascaba, y a Junco le iba molestando en demasía el sobeo con que lo habían maniatado.

Al fin Portela, sin moverse, desde el esqueleto del ramaje donde se había sentado, habló:

—Decime, Junco: ¿por qué me tiraste aquella bala y me rebanaste una oreja?

—Yo no le tiré a usté, capitán jue al bulto, al borbollón; a mi también me chiflaban los chumbos...

—Decime Junco: ¿por qué contrabandiás?

—Porque en la última estancia donde trabajé, el patrón, que es el gringo Padula, nos iba sacando la vida a juerza de hacernos cimbrar el lomo en el campo, pa dispués encontrar un poco de agua sucia y unas tajadas de charque en la mesa. Yo compro y vendo, capitán, pasando por arriba de unos hombres patentaos, que algunas veces se han arreglao conmigo. Yo trabajo capitán, y en ese trabajo dentran el sudor y el arriesgue; pero mis hijitos están gordos

y mi mujer contenta. ¡Y yo soy libre de dir y venir, y de no aguantar caprichos y miserias de ningún mandón, que esos sí deberían estar juera de la ley, pues por cada barril o fardo que yo paso ellos pasan rodeos enteros. ¡Yo soy un hombre, capitán, y tengo vergüenza! Pero ¡basta!

Aquí ya estaba en plena efervescencia Junco, olvidado del sobeo y de la autoridad; la cólera le hacía rutilar los ojos.

—¡Degüélleme, pues, sáquese el antojo; pero no me deje patiar más por ese indio ordinario y sin yel, por que...

Se puso de pie el mozo. Imponía respeto, como lo impone un toro cuando se echa tierra en el lomo y se le enrojece el ojo. Lentamente levantóse Portela y se arrimó al preso; y con manso y suave acento —desconocido en él— le habló:

—Sosegate, Junco.

Y desató el sobeo.

—Ensillá y andate.

—¿Cómo?

—¡Ensillá y andate, te digo!

El mozo fue y volvió con su caballo. Lo ensilló, montó, y dijo antes de romper la marcha:

—Por mis tatas, por mi mujer, y por mis hijitos, le doy las gracias capitán.

El capitán montó también, respondiendo:

—Y yo a vos por todo lo que me has dicho. Puntiá nomás que me voy atrás tuyo.

Y al cabo:

—Cabo Escofina, ¡levante mi espada y llévela a la polecía; y que se la manden al Jefe! ¡Renuncio!

Y Escofina contestó, saliéndole las palabras de su boca en escupida de trabuco, ásperas y cortantes como pedazos de olla o de nazarenas partidas:

—¡Que la cargue mandinga, canejo! ¡Yo no llevo nada! ¡Tamién me largo con Junco por muy poca yel que tenga! ¡Renunceo! ¡Ya estoy muy abollao con tanta polecía, y tanta escasez de ganao rabón, de frasco y timba!

Una hora después los tres pasaban la Picada Sucia, rumbo al Brasil.

la brasa en la ceniza

La Pulpería de Perdigón estaba encajada en el Alto de Ayala, en un pago allá por el norte, a cinco cuadras del Paso de Meireles, por donde cruzaba mucha carreta y mucho jinete al cabo del día, en sus viajes al Brasil, yendo o viniendo. Era una comarca típica del tiempo aquel, de yeguadas baguales, de cuatreros, y de policía gaucha, en que el hombre se inclinaba más por el cabo de un trabuco que por la mansera de un arado. Cada uno interpretaba y usaba su libertad como le parecía y sentía.

José Perdigón era el dueño del negocio. Criollo, hombre gigantesco, de hercúlea fuerza, barbudo y melenudo. Quien lo viera a caballo y no lo conociera, al trote por el camino del paso —cuando hacía alguna escapada al país vecino

para adquirir surtido— pensaría que era el Cid revivido y no el manso pulpero del Alto de Ayala.

De los siete días de la semana por lo menos cuatro la pulpería estaba llena de clientes. Perdigón era de los que no usaba reja para el despacho. En el gran salón del negocio, entreveradas con cajones y tercios de yerba, había cinco o seis mesas y unos veinte bancos. Se jugaba con naipes, se bebía, se comía, y se compraba. La guitarra sonaba a menudo, y singulares cantos palpitaban sus letras allí. Tipos de toda estampa desfilaban en tanto corría el tiempo. La alegría se turnaba con la tragedia; a tal chusca payada sucedía el duelo sangriento. Y Perdigón vendiendo y alegando presidía todo eso, imponiendo su bondad o su fuerza, según lo que fuera. Ese medio día...

El salón del comercio hervía de gente. No quedaba ni una mesa libre ni un banco sin hombre encima. En un rincón, medio perdidos entre unas barricas, dos personajes que habían llegado por la mañana, le estaban dando cima a una descomunal borrachera. Por el suelo habían restos de fiambre, cáscaras de queso, pedazos de galleta, puchos... Eran tipos siniestros, de chiripá tendido, botas de potro, y espuelas nazarenas. Junto a ellos estaban sus trabucos, sus puñales, y sus sombreros. Reían, gritaban y cambiaban sus palabras haciendo desmesurados ademanes, en tanto afuera, en el palenque, sus pobres caballos sufrían hambre, sed, y sol, mosqueando colas desesperadamente. En todas las mesas había bullicio, jarana, bebida, y baraja. Imperaba allí como una extraña y quemante fiebre.

En eso se atravesó una sombra en la ola de sol que se colaba por la puerta de entrada; en ella se detuvo un momento alguien que puso su mirada a tono con la sombra interior. Después entró un hombre pequeño, encorvado, pero que pisaba con firmeza. Se oyó en su voz aflautada un ¡güen día pa tuito el mundo!

Ni el pulpero ni ninguno de los presentes lo conocían. Se arrimó suave y lentamente al mostrador y dirigiéndose a Perdigón pidió:

—Hágame un refresco, don, que vengo más reseco que punta e'zanja.

Perdigón le pasó un cajoncito por arriba del mostrador.

—Siéntese, amigo. Estírese, póngale este cuerito arriba.

Sentóse el viejito —pues lo era— sacóse el poncho de verano, tragó unos buches del refresco, y comenzó a pasar su mirada por los grupos. Sus ojos destellaban una luz viva y fresca bajo la frente estriada, sobre la maraña de su bigote y barba tordillos que el tabaco había pintado de un amarillo sucio a flor de labios. Se sacó el sombrero y explotó su melena, de un gris parejo. De entre su camisa extrajo un gran pañuelo oscuro y con él enjugó el sudor que goteaba en su rostro. Suspiró como aliviado y de nuevo, dirigiéndose otra vez a Perdigón, habló:

—Güeno... aura viá entonar el refresco con una ginebrita.

Uno de los hombres del rincón gritó, y sus palabras vinieron en dirección al viejito:

—¡A ver, viejo, ¿sabe cartiar al solo?

El recién llegado terció sus ojos al par.

—Sí, señor, sé cartiar al solo.

—Pues arrímese y haga partida.
—Desculpe, mozo, no puedo.
Otro de los dos se irguió, al parecer molestado.
—Vea, viejo, venga. Si no le dan las juerzas poderemos cargarlo...
—Viejo, sí señor, pero hasta aura no he llegao a maleta. Déjeme sosegao, que muy sobao llegué y entodavía tengo que surtirme de algo y proseguir camino...
Se levantaron y enderezaron al forastero. Se plantaron frente a él, lo contemplaron un instante. Uno de ellos comenzó a reir.
Perdigón habló:
—¡Dejen en paz a ese hombre!
El viejito, sin moverse ni conmoverse por la actitud de aquéllos, se limitó a decir:
—No les haga caso, don. Déme otra ginebra.
El de la risa cambió de gesto. Apagó el cigarro que chupaba y se lo llevó a una oreja. Habló:
—Muy entonao está viejo; pero no cuadra a un güey querer volverse toro. No se haga rogar que eso está bien pa mujer moza y linda; venga con nosotros si no quiere que le haga volar esa ceniza que le tapa el mate.
Y le pasó una mano rozándole la melena venerable.
Cruzó como una ráfaga de angustia por el salón del comercio; las palabras del hombre habían sonado ásperas, dramáticas. El viejito acentuó más la sonrisa que cuajó en la boca desde que comenzó el asunto. Llevó sus ojos al otro, lo miró limpiamente, y comenzó a decir de esta manera:

—Sí, señor, es verdá, na más que ceniza queda, que el correr del tiempo tuito lo concluye. Pero eso que hay, mozo, jué fogón que tuvo su güen trafoguero, y unos palos de ley como pa asar tres reses con cuero; no lo digo por hacerme el empinao...

Lo que ocurrió en seguida fue tan repentino e inesperado como si un rayo cayera en pleno sol. El otro de los que se había enfrentado al viejo, en tanto su compañero increpaba a éste, le había clavado el mirar, haciendo gestos de duda y de cólera ante la impavidez del anciano. Fue el que cortó su frase con un salto brusco en el que los brazos se tendieron, buscando sus manos el cuello del que se negaba a ir con ellos. Este hombre se aplastó durante un minuto sobre el viejito, cuyo cuerpo desapareció bajo la masa que le había caído encima. Perdigón botó sobre el mostrador, cogió por el pañuelo al agresor y tiró de él. El gaucho se dobló hacia atrás y su cuerpo, haciéndose un arco, escapó de las manos del pulpero y sonó de espaldas contra el piso. De su boca comenzó a brotar un hilo de sangre espumosa, negra. El viejito púsose de pie respirando fuerte, como quien escapa de ahogarse. Su diestra apretaba un cuchillo pequeño. El otro bandido, pasmado y suspendido un instante ante tan insólito sucedido, con movimiento felino agarró un porrón de ginebra que en el mostrador había, levantó el brazo, y lo bajo como para abatir al viejo. Pero éste, esquivo y ágil como un gato, se le ganó abajo. Se vio recular bamboleando al otro. La sangre surgió por entre la abertura de su camisa, que mostraba el vello negro y borrascoso de su pecho, empurpurándolo. El gau-

cho se acodó en el mostrador. Sus ojos miraron intensamente al anciano. Luego fue resbalando lentamente hasta quedar sentado en el piso: y así exhaló el último suspiro.

El viejito envainó su cuchillo, volvió a su cajón y se sentó. Limpióse nuevamente el sudor y pidió otro vaso a Perdigón. Este pasó al mostrador. Lo sirvió. El matador dijo, suave su voz, pero firme:

—Tuito el que sabe cuidar lo que ha sido un güen fogón, señor, siempre esconde una brasa entre la ceniza, por si acaso. Yo supe esconder y cuidar la mía; ella jué la que me valió en esta ocasión...

cuestión de fantasmas

Malhumorado Horacio Dighton gritó:

—¡Adelante!

Entró la sirvienta y le alcanzó una carta. El joven abrió el sobre. La carta, en inglés, decía: "Por el capitán del paquete envío dinero. Es el último. Arregle su vida como pueda". Era de su padre. El andaba entre los veinte y veinte y cinco años, hacía dos había llegado a la capital de la república donde se dio a una vida de copas y naipes cuya intensidad marcó extraordinario record.

Dejó la carta a un lado y de nuevo se estiró bajo las sábanas. A las cuatro de la tarde se levantó y salió a la calle. Fue al puerto y de

allí a la estación del ferrocarril. Al día siguiente tomó el tren que corría hasta Nico Pérez. Allí, luego de una larga conversación con el fondero, resolvió seguir en diligencia, rumbo al norte.

Y en el pescante de la diligencia, luego de observar largamente el tiro de los caballos (lanceros y boleros) el trabajo del cuarteador, la muda de tropillas, comenzó a hablar con el mayoral, el indio Marcelino Rivero. En los dos años de ciudad había conseguido dominar el castellano: entendía y se hacía entender; pero siempre sus palabras llevaban aquel acento característico...

Después de almorzar en la posta Horacio Dighton sintió el goce inexplicable en todo su ser. Había probado una caña brasilera, brava, bebido un carlón espeso, y comido unas costillas tapadas de pulpa jugosa, untadas de goteante grasa. Era medio día. El sol le chamuscaba la piel, pero el lo recibía plácidamente. El vaho de la tierra era ardiente y perfumado.

—Sí señor —habló al mayoral— donde encuentre un pedazo de campo lo compro. Voy a criar vacas, ovejas...

Poco después el indio Rivero, luego de meditar un instante, le dijo:

—He venido pensando, don... En cuanto pasemos la posta que toca, en Sarandí Blanco, el estanciero Marichal va pa tiempo que ha ofertao unas dos mil cuadras. Hasta aura no ha encontrao cliente...

—¿Por qué? ¿Feo el campo, pobre?

—No señor, como campo es machazo. Pero la casa...

—¿Qué tiene la casa?

—Ta asombrada.

—¿Cómo?

—Asombrada. El viejo Marichal había sido cristiano muy mentao: comandante, lancero sin emparde, matador de hombres; sin yel totalmente. Cuando murió, la perrada aulló tuita la noche, dos corujas se pasaron encima de la puerta repicando el pico, y un viento que no se sabe de ande salió apagó las velas. Tres mujeres se desmayaron, una vieja entregó el rosquete. Al otro día el hijo, cuasi recién casao, se mudó pa la otra estancia, ande vamos a pasar aura mesmo. El caserón quedó solo. Quien se arrime siente un ruidaje como pa enchuzar pelos. Lo puebla na más que el fantasma del viejo Marichal...

—¿Fantasma? ¡Ahí bajo!

—¿Pero usté sabe lo que es un fantasma, míster?

—¡Bajo ahí! Usted me dirá como hago para hablar con estanciero.

Esa misma noche el mozo extranjero cerró trato con el hacendado Marichal: libras, pagarés, etc. Al otro día Horacio Dighton y un peón —el mulato Freitas— pusieron rumbo a la casa embrujada. Llegaron. Salieron dos perros que ladraron primero y luego aullaron un poco. Era una casa bastante bien conservada, pero en absoluto abandono. La desolación campeaba por todo. Y el silencio que allí se hizo en seguida de callar los perros fue tan imponente que el color moreno del rostro del mulato se volvió verde.

—¡Yo doy güelta, mister! —habló Freitas.

—¿No quiere quedar? Voy a necesitar peones, pagaré bien.

—¡Nunca!

Y sin decir más nada torneó el montado y arrancó en un trote más que largo. El joven, que ya se había apeado, permaneció un momento absorto. Ató el caballo en una de las rejas que daban al campo y entró. Recorrió toda la casa. Encontró una escoba de chilca en buen uso aún. Con ella limpió dos habitaciones. Abrió todas las ventanas. Desensilló y tendió el apero sobre una cama que arregló un poco. Tornó a recorrer. Al entrar en la cocina la observó, ahora, detalladamente. Una caldera, dos ollas, jarros.... En una alacena encontró media torta frita. Uno de los tizones del fogón humeaba. El joven sonrió. Los perros iban y venían tras él, olfateándolo. Les habló, los palmeó. En la maleta que consiguió había traído comida. Comió. Por la tarde recorrió corrales y galpones. Cuando oscureció cenó y se acostó. Y se durmió profundamente... pero no tanto como para no sentir, filo de la media noche, un extraño concierto de quejidos, carcajadas, ronquidos y voces; y roce de pasos. De pronto un estruendo terrible al que seguía un callar profundo. Se levantó sin ruido y en cuatro patas llegó a la puerta. Y por la abertura frente a él vio surgir una sombra que al parecer emitía aquella música embrujada.

Horacio Dighton poseía una serenidad muy británica y un arraigado espíritu deportivo. Botó como un yaguareté y allí fue el rodar de dos cuerpos; y luego jadeos y palabras ahogadas....

Aclaró el día. En la cocina Horacio Dighton conversa con un negro que de vez en cuando le alcanza mate.

—Sí señor —hablaba con humildad el moreno— cuando murió Ño Marichal, el hijo, que recién se había casao, jué a vivir en la otra estancia. A mí me habían echao hacía poco, por unos malos chismes del capataz, y andaba a monte con mi china y tres hijitos, más desesperao que lagarto buscando sol. Entonces como la casa quedó sola me asenté en ella. Cuando alguno se arrimaba yo largaba, dende aquí adentro, unos quejidos y alaridos como pa enfriar cualquier hígado. No hace mucho llegó el capataz con unos piones y dos mujeres. Venían, asigún colegí, a de nuevo poblar la casa. Yo, culebriando por entre los galpones y los corrales, gané monte con mujer y cría. De noche me vine a lo zorro y les dí una serenata como la que le dí a usté... Con la custión de que la casa taba con el viejo Marichal de fantasma no aguantaron el sogazo. Ganaron aquí, en esta mesma cocina, y se pasaron chupando bombilla, santiguándose unas y golpiando dientes otros. Y en cuanto clarió se mandaron mudar como si juyeran del mesmo infierno. Y yo seguí viviendo muy orondamente. Me llamo Quintín Amaral, pa servirlo...

El joven contempló al negro un rato. Luego le dijo:

—Vaya al monte. Traiga mujer y muchachos. Ahora campo y casa son míos. Viejo Marichal no manda más.

Tres años después llegó una tarde allí la diligencia de Rivero —pues el inglés le había concedido posta y remuda—. Mientras se soltaban unos caballos y se prendían otros el mayoral charlaba con Dighton. Al despedirse éste habló:

—Mayoral Rivero: usted vuelve dentro de cinco días. Traiga esto. (Le alcanzó una lista). Y venga temprano. Tres años hace que compré campo...

Y pasados cinco días, de la diligencia bajaron cajas con dulces y cajones con botellas. La casa en fiesta. Entre los invitados estaba Marichal con su esposa. Cuando atardecía, Horacio Dighton, bastante achispado, decía en medio de una rueda de oyentes, algunos bastante achispados también:

—A fantasmas hay que saber tratar. Mi padre tiene tres; juegan a las cartas, a veces arman jaleo limpiando botellas de whiski. Viven en tres habitaciones en las que sólo mi padre entra. Cuidan la casa —que es un castillo—; y cuando a mi madre se le sube el moño y grita a mi padre ellos intervienen. Mi madre se desmaya y otra vez hay paz. Cuando yo llegué a esta casa tuvimos conferencia con viejo Marichal. Efectivamente él vivía aquí como fantasma. Tenía un negro de peón para ayudar: Quintín Amaral. Viejo Marichal se fue a descansar a la sierra. Yo contraté Quintín Amaral, mujer, hijos. Muy buenos servidores...

En ese mismo momento, todos suspensos, la esposa de Marichal hijo creyó ver una señal de ojos entre su marido y una de las que allí estaba. Púsose de pie y comenzó a gritar desaforadamente increpando a su compañero quien, por no ser menos, completó la música con unos denuestos tan sonoros que aquello fue Troya. Horacio Dighton levantó su voz por sobre la de ambos llamando a Quintin y ordenándole:

—¡Vaya buscar viejo Marichal, que venga poner paz aquí!

Lo entendió el negro. Ganó las piezas interiores y de ahí a poco se empezó a sentir aquel concierto escalofriante y siniestro del cual Quintín era autor y ejecutante. Desorbitáronse unos, empalidecieron otros, desvaneciéronse cuatro damas entre ellas la esposa de Marichal. El inglés gritó.

—¡Quintín: dé a viejo Marichal muchas gracias! Que puede irse, todo está bien.

Y la fiesta terminó serenamente.

la guitarra y el caballo

Estallaron los aplausos y los gritos. El "Chino Farías" había terminado el compuesto. Su diestra tersa y morena se posó suavemente sobre la boca de la guitarra como sosegando el cordaje.

—Pulpero, sírvale lo que guste al cantor —dijo un forastero dejando dos pesos fuertes sobre el mostrador— y esto va pa su carpincho.

En ese momento apareció el estanciero Regino Lezama con tres o cuatro aparceros. Alto, tieso, de melena dorada, rubicundo, entró al despacho haciendo sonar fuerte sus nazarenas. Dijo:

—Buen día pa todos. A ver, pulpero, una mesa y un porrón de giniebra.

Afuera su peón y corredor Dalmiro Durán iba al paso de un overo vivísimo llevando de tiro un tostado de líneas soberbias. Tras él iban

treinta o cuarenta paisanos comentando sobre la estampa del parejero, famoso en muchos pagos, invicto en todas las canchas que corrió. Lezama se dirigió al cantor:

—A ver, cantá algo pa alegrar los tragos. Has hecho tanto compuesto y a mi tostao no le ha tocado nada...

Entre estos dos hombres había un asunto endiablado. Farías, en unas fiestas grandes, consiguió el amor fugaz de una mujer muy hermosa que componía la servidumbre de la estancia donde se celebraba un acontecimiento. La consiguió con su guitarra y sus versos. Lezama estaba allí y entró de contrapunto con el Chino. Su dinero y su audacia no pudieron contra la fascinación que irradiaba el cantor. Entonces, compinche del amo de la casa, hizo despedir al Chino con la orden de no pisar más allí. Y dos rencores fueron creciendo...

Esa mañana del encuentro en la pulpería, Lezama ya había bebido mucho cuando llegó a ella. El sudor le corría sobre el rostro enrojecido, sus ojos grises chispeaban.

—¡Cantá, pués! Pulpero, dele lo que quiera.

Farías habló con suave voz:

—Sírvame cuando yo le pida, pulpero, que yo almito solo envites de mi gusto.

Lezama púsose de pie bruscamente. En tres pasos estuvo sobre el cantor. Se alzó su brazo apretando el rebenque, y la argolla de plata, grande, gruesa y pesada golpeó brutalmente la tapa de la guitarra. El estanciero estaba transfigurado, se había desatado su salvajismo. Sus aparceros lograron dominarlo y consiguieron sentarlo de nuevo junto a la mesa. Farías siguió donde estaba, sobre un banco; dobló la

cabeza, sus ojos se clavaron sobre la guitarra deshecha. Así, inmóvil, estuvo un momento. Luego se levantó, recogió algunas astillas del instrumento, que habían caído, y salió al campo. Junto a una carpa grande el braserío de un fogón doraba un costillar y unas chorizos ensartados en varas. La guitarra rota, informe, cayó sobre el fuego. Y allí estuvo Farías mirando doblarse los aros, crepitar el brazo y retorcerse las cuerdas como culebras atormentadas hasta que todo desapareció entre las llamaradas y el humo. Un grupo de hombres silenciosos miró esta extraña escena. Ya el rumor del incidente se iba extendiendo por todo. El Chino encontró en una carpa al comisario Luis Diogo. Pidió permiso para hablarle, separóse con él.

—Hoy en la pulpería don Lezama me deshizo la guitarra, comisario, sin ningún motivo. Que estaba borracho, que tenga plata no son razones que valgan. Yo vivía de ella, hacía ocho años me acompañaba, era mi novia y mi mujer...

—Sí, ya supe. Voy a dir a verlo, que te pague otra.

—¡No, tiene que ser la mesma! Mucho lavó mi mama pa poder comprármela. Junto juimos al pueblo, yo la elegí. El primer estilo que canté en el rancho jué pa ella; se réia y lloraba al mesmo tiempo. A usté, comisario, le parecerá una simpleza esto; pero a mí no. ¡Tiene que ser la mesma, comisario!

—¿Pero, no la quemaste en el fogón de Ña Tulia?

—Sí, señor.

—¿Y entonces?

—Por eso pido lo que pido. A un hombre sin yel como don Lezama hay que reclamarle cuentas que no pueda cumplir. Esta la va llevar encima como coyunda y yugo mientras viva... Y usté, comisario, que sabe lo que pasó, lo que podería hacer, cuando menos, era darle una estaquiada.

—¡Mirá, Chino...

—Pero si hay justicia que la autoridá no hace, no faltará quien la haga...

Farías se separó de allí a largos pasos.

En la tarde del día siguiente, bajo un sol esplendoroso, la cancha de carreras de Alto de Amaro vibraba. Tres caballos de fama ya estaban sobre las banderas de la partida. Allá andaba Lezama caracoleando un bayo, rodeado da aparcería, recorriendo la línea de los andariveles gritando apuestas, concediendo usuras. Los días que su campeón corría, o cuando se sentaba en rueda de timba, era austero. Hasta que se definiera la competencia, o al naipe le tocara el último baraje, dejaba toda disipación, cobraba una dignidad que se esfumaba, después, en rondas de beberaje; era cuando su personalidad se pervertía.

Farías, a pie, junto a la senda que correría el tostado de Lezama, estaba ensimismado, inmóvil. En una de esas el estanciero se arrimó al galope a su corredor y le habló brevemente. Este siguió al paso tratando de aquietar el parejero que espumaba fogoso. Nadie supo explicar, luego, en el ancho y tendido comentario, lo que pasó. Vieron de pronto a Farías tomar una de las riendas del tostado y en un raudo movimiento de brazo hundir un largo puñal sobre el degolladero. El caballo se empinó, lan-

zó un impresionante relincho, y a saltos despidió al jinete, soltando sangre por la boca y por la herida enorme. Hasta que se clavó sobre sus cuatro patas, tendió el pescuezo, enturbió los ojos y tambaleando cayó ruidosamente. Durán, el corredor, ya levantado, atropelló al cantor levantando la fusta. Pero un jinete que cerca estaba, con el encuentro de su caballo lo arrojó lejos, sobre los pastos. Y estalló la pasión de todos. Hubo un revuelo de bestias y de hombres, voces y gritos...

En la enramada grande de la cancha, contra una mesa, está Farias entre dos soldados de policía. Frente a él el comisario Diogo. El gentío rodea el grupo con un rumor de avispero. Abriéndose paso aparece Lezama, avanza lentamente, sus espuelas suenan rítmicamente sobre el suelo duro de la enramada. Se enfrenta a Farías:

—Chino, ¿por qué me mataste el tostado?

—¿Por qué me deshizo mi guitarra, don Lezama?

El estanciero se sentó en un banco largo que allí había. Hubo un largo y angustiante silencio. Luego levantó la cabeza que la había humillado.

—Chino, yo te podería dar otra guitarra mejor que la tuya.

—Yo, don Lezama, de seguir cantando podería darle otro caballo.

—¡No como el tostado!

—¡Su guitarra no sería como la que yo tenía! ¡Yo sé lo que era su caballo, don Lezama, pero usté no sabe lo que era mi guitarra... Dos años pasó mi mama a jabón y tabla en el arroyo pa mantenerme y con lo que

sobraba comprármela. Ocho años que andaba conmigo inviernos y veranos, noches y días, dándome comida y mentas. Yo la cuidaba mejor que a mí, yo me podería mojar pero ella no. Por ella se me aficionó una mujer moza, por esa mujer usté me hizo echar de una estancia. Eso solo yo y usté lo sabemos bien...

Otro silencio largo. Ahora era solo el volar del mosquerío lo que se oía. El comisario rompió la angustia.

—Don Lezama: Farías va dir preso. Dispués se verá lo que se hace.

El estanciero entonces levantó la voz dirigiéndose a Diogo:

—¡Si Farías va preso yo también tengo que dir, o usté no sabe ser autoridá!

Y hablando directamente al cantor, mirándolo limpiamente con sus ojos luminosos, expresó:

—El mejor compuesto que has hecho en tu vida es este que recién dijiste, Chino, y no precisaste guitarra; la mejor carrera hecha en mi vida es esta que recién corrí y no precisé de mi tostado.

A grandes zancadas dejó Lezama la enramada. Por el lado opuesto salió Farías. Ambos pasaron entre una doble línea de hombres que, calladamente, les rindieron su admiración, pues allá lejos en el tiempo y en la tierra, en esos ambientes bravíos, tanto valía una guitarra como un caballo; que el instrumento vivo animado por las manos de un cantor, y la bestia galvanizada por las riendas de un corredor, eran partes esenciales, casi sagradas, de sus pasiones.

el despene

Cuando nacieron los mellizos Fermín y Serafín —hijos del negro Quintín Hermida— falleció la madre de ellos. Por suerte allí estaba la de Quintín, quien tuvo que hacerse cargo de los recién nacidos.

—Quintín, tenés que amansar yegua pa ordeñarla. Los mamones se criarán mejor...

Así se hizo.

Tenían poco más de cinco años los negritos cuando la abuela pasó a mejor vida. Quintín retobó el cuerpo en dos cueros vacunos y dejó a su madre descansar para siempre entre las piedras de la sierra. En el rancho del puesto siguió corriendo la vida.

Algún día de rutilante sol el negro levantaba los *avíos de liniar* y con una caña al hombro marchaba a la costa del río, donde tenía reservado un pesquero. Juntaba leña, arrimaba una caldera al fogón, y después, mientras amargueaba, se daba a sacar mojarras y luego a tender los aparejos. Los negritos brincaban en el monte, desnudos como monos, gritaban, reían, de vez en cuando se daban un chapuzón entre el camalotal. Cada tanto se arrimaban al padre, le daban un manotazo— acariciándolo— y volvían a sus contorsioes, carreras y saltos de chivo.

El negro pasaba el tiempo, inmóvil, contemplándolos embelesados con los ojos llenos de ternura.

A veces Quintín iba a la estancia a dar novedades y recibir órdenes. Lo atendía siempre

el amo, Ginés Lasala, caudillo del pago. Juntos se habían criado él y Quintín, firme la amistad entre señor y peón. Este pasaba el día en las casas. Los negritos eran muy festejados allí, desde la sala a la cocina. En algunas ocasiones la patrona, hablando con el puestero, le preguntaba:

—¿Qué vas a hacer con los mellizos Quintín?

—Y... viá tratar de darles algo, siá carrera... siá oficio...

—Bien criados están.

—Afigúrese patroncita; soy el padre... y la madre. A veces, los veo dormidos, quisiera ser pájaro... pa taparlos con el ala.

Más o menos por esos días estalló una revolución, una de tantas. Allá fueron, como siempre, el comandante Lasala al frente de una gran columna, y el negro Quintín, su hombre de confianza. Haciendo crónica de estas cruzadas, que fueron muchas, en rueda de aparcería Lasala, señalando a Quintín decía entre burlas y veras:

—Mi despenador...

Porque a veces, luego de tal choque violento, enfrentándose Lasala con algún caído que agonizaba destrozado —fuera de él o de los otros— le insinuaba el negro:

—¡Pobre sería mejor despenarlo!

Y Quintín cumplía el trabajo trágico —y humano en el fuero íntimo de su jefe y patrón, y en el suyo— haciendo volar los sesos del moribundo con un disparo de pistola. Al negro no le sabían bien estas recordaciones de Lasala.

¡Güeno, güeno —rezongaba— hay cosas que carece mejor el no mentarlas anqué se haigan hecho por projimidá!

Ya tenían veinte años los mellizos, mentados en el pago por magníficos jinetes, duros para el tarabajo campero. Eran conocidos por los *Quintines* por ser hijos de Quintín, y porque nadie podía diferenciarlos, de idénticos que eran. Lasala había regalado unas cuantas cuadras de campo a su peón de aprecio, que con sus hijos trabajaba.

Y *rebentó otro chirinada.* Ni qué decir que a ella fueron, como siempre, todos. Cuando Quintín vio a sus hijos, como nacidos en los pingos caracoleantes, cimbrando lanzas, sintió que la emoción y el orgullo le hechían el corazón; pero también sintió recónditamente un extraño amargor.

Y fue en un atardecer, después de pelear casi todo el día, resecas las gargantas de sol, pólvora y tierra, tensos los nervios, desatada el alma, cuando el comandante Lasala comprendió que la salida que había era cargar a lanza. Esta maniobra fue su fuerte de siempre. Así que los jinetes del caudillo se tendían sobre los pastos blandiendo tacuaras, eran el mismo coraje y la misma muerte sus guías. Lasala levantó el caballo en la rienda y gritó a Quintín:

—¡Estamos medio carcamanes, hermano: pero vamos a llevarlos por delante!

Agrupó a sus hombres, el clarín ordenó el torbellino.

Ya a boca de noche, con el triunfo en ancas, el comandante comenzó a recorrer el campo. Creyó reconocer a su puestero, hecho un arco, en la punta de una zanja. Galopó hasta él. Era Quintín. Tenía los brazos deshechos. Estaba sentado, firme, con el mirar limpio, como siem-

pre. Cerca de él sus dos hijos, cribados, empapados en sangre, muertos. Lasala se apeó.

—¡Qué negritos guapos, Quintín! ¡Nunca vide varones de ese calibre!

—Yo tampoco, Ginés.

—Los miré meniar lanza. La vida de cada uno ha de haber costao muchas.

—Es asina mesmo.

Callaron ambos un instante. Después Quintín clavó sus ojos en los del comandante.

—Sí, hermano.

—Despename.

—¿Cómo?

—No te lo pido porque esté sangrando. Negro siente poco la carne rota.

—¡S estás entero, Quintín! Entodavía vivirás mucho...

—Es lo que no quiero. Despename, hermano. Nenguno de los que yo le quité la pena la tuvo más grande que la mía aura. Tengo las manos quebradas... perdí el arma...

Y Lasala vio tal dolor, tal desesperación, y tal desolación en el rostro de su amigo y serdor, que en un ademán brusco llevó las bocas de su pistola sobre su corazón y le quitó la vida.

mano a mano

Sólo un milagro. Ni la más poderosa vitalidad, ni la más alta ciencia, hubiesen resistido aquel tremendo impacto de la lanza.

Atardecía.

El último escuadrón de los vencedores desaparecía recortando el rojo horizonte, como un inmenso culebrón oscuro. Y la noche, cuando comenzó a aplastarse sobre el campo, hizo más sombría la desolación fundiendo en la tiniebla caballos transidos, lanzas quebradas, trabucos deshechos... y los muertos.

Sin embargo el cuerpo del capitán Sotelo, semi-oculto en la maleza de una cañada, palpitaba aún.

Cuando amaneció, los perros de Felisbina, erizados de rocío, se dieron a aullar. Salió del rancho una negrita que los hizo callar, gritándoles.

Poco después ella y la curandera, a pie, enderezaron al campo de batalla. Algunos hombres, siniestros, encontraron allí, merodeando, garreando difuntos. Las dos negras también vizcachearon algo.

De pronto alguien gritó:

—¡Aquí hay uno que entodavía resuella!

Una hora después estaba el capitán Sotelo boca arriba sobre unos cueros de oveja contra el suelo, en el rancho de la bruja.

Al abrir la ropa en cortes apareció la horrenda herida. La negrita cayó desvanecida. Los mismos hombres que ayudaron a llevar a Sotelo sintieron flaquear sus piernas. Felisbina recostó una lata al fuego.

Dos días y dos noches el capitán Sotelo pasó hablando. A veces, luego de un breve silencio, lanzaba unos ayes escalofriantes. Chocaban los dientes, la boca se abría en el ansia del aire, rutilaban los ojos. Después seguía aquel hablar incoherente en el que se mezclaban quebradas

frases, palabras roncas: ¡flor... truco... retruco...!

Ardía todo él de fiebre en su delirio. En tal instante hacía llorar, en tal otro reir, a la negrita. Felisbina junto a él, casi petrificada, ponía trapos empapados en el agua de la lata sobre su frente, o sobre el vientre. Y en un ritmo hipnotizante pasaba y volvía a pasar sobre el rostro una pantalla —que ella misma había tejido con juncos del estero. El mosquerío tañía un bordón lúgubre...

Cinco años después, en la estancia del coronel Tapia hubo una fiesta de cumpleaños. A medianoche en tanto la mozada seguía el baile, en el gran patio de la casa le hicieron rueda al coronel aparceros de la época bravía. Allí estaba un médico —su cuñado— Sotelo, compañero de armas del estanciero, siempre concentrado, y que luego de su milagrosa salvación lo fue más, también estaba allí.

Las palabras girando en torno a diversos temas llegaron hasta él. El coronel dijo:

—A ver, Sotelo, mostrale la cicatriz al doctor.

—¿Pa qué?

El propio médico tuvo que rogarle.

Al ver el vientre desnudo, retorcido en una trama de líneas monstruosas exclamó:

—¡Una terrible herida!

Y luego de observarla largamente siguió:

—¿Usted recuerda, capitán, qué tratamiento le dio la curandera?

Sotelo se ensimismó un instante. Después habló:

—No me acuerdo muy bien... Sé que pasé los días mirando la quincha del rancho, a veces en un dolor, a veces en un medio dormir, sacudiéndome siempre como si en la barriga tuviera dos gatos monteses trenzados a garra y diente...

El doctor dijo:

—No sé, verdad, como está vivo...

Entonces Sotelo se irguió un poco, brillaron sus ojos.

—Hasta aura a naides le he dicho. Pero... Sé que en una hora, no me acuerdo si era día o noche, yo estaba sentao entre las piedras de la sierra sacándome de entre las tripas unas espinas largas, de tuna brava... ¡Las tengo que sacar tuitas, decía, asina se me alivea este fuego... Y en ese son estaba, sacando espinas mientras aparecían otras... cuando vide arrimarse, montada en ese oscuro tapao, clinudo, una china alta, perdidos los ojos en dos aujeros, ñata, saltaos los colmillos. Me gritó, sentando el montao de un sofrenazo que le hizo rechinar la boca:

—¡Te vengo a llevar, saltá en ancas!

No me gustó la estampa de aquella hembra y menos el tono mandón con que me habló. Le dije:

—¿Y quién sos vos pa darme órdenes? No has de pasar de una arrastrada...

Sentí que los ojos, dende lo hondo, tocaron tuita mi carne, tuita mi osamenta.

—¡Soy la mesma muerte, muy empinao estás! Mirá: podería dormirte de un sopapo y atravesarte en el escuro como maleta. Pero te

viá dar una ventaja ya que sos tan altivo. Vamos a jugar al truco tu vida.

Y sin más peló un naipe y unos porotos, se tiró y ya la vide frente a mí, piedra por medio. Barajó.

—¡Cortá! ¡A cuarenta tantos y sin revancha!

Y ahí mesmo comenzamos un tejer de cartas como no lo jugué y no lo jugaré más. Llegamos a treinta iguales. Ya no sentía las espinas, sólo veía aquel contrario de boca sumida, de ojos borraos, de nariz pegada y manos guesudas que se entreveraban en el mazo muy suficientemente.

—¡Jugás bien —me dijo en una de esas— pero el tanto cuarenta lo viá cantar yo!

Yo agarré treinta y seis y me tiré como quien se azota en la corriente de un arroyo desbarrancao.

—¡Falta envido! —grité.

Por la boca de la china pasó como una sombra de risa. Abrió dos cartas, un dos y un siete.

—¡Quiero —habló— estas son treinta y siete!

Pero cuando iba a tirar la tercera carta al mazo le dije:

—¡Pido flor!

Le crujieron los dientes, le bailaron los cormillos, salió una luz amarilla de los hoyos ande encuevaba los ojos. Y le brotó un ronquido del pecho cuando dijo:

—¡No sé mesmamente cómo me has podido ganar!

Montó de salto y se perdió entre las tunas, los culantrillos y los arrayanes. Había negao una flor pa ganarme la falta y con ella el partido. ¡No sé mesmamente cómo me has podido ganar! —había dicho. Lo que tampoco supo es

que yo tenía los tres doses que faltaban apretaos entre las rodillas...

Se hizo un silencio impresionante allí. Sotelo había quedado tenso, como suspendido en la evocación de su drama. Del mirar a veces salían fugaces relámpagos. El médico deshizo el silencio y la tensión.

—Sólo así, capitán Sotelo, pudo ganar su vida. Ni Felisbina, ni su naturaleza privilegiada, ni yo con toda mi ciencia, juntos, lo hubiéramos salvado...

El coronel terció:

—Lo único fiero, Sotelo, en tuito eso, es que ganaste trampiando, escondiendo cartas...

—Coronel —respondió ya encalmado Sotelo— siempre que me puse frente a otro, naipe en mano y plata en tapete, no me paré en chicas pa ganar. Y vea que en esa ocasión, en la topada con aquella china, la plata que jugué era mi mesma vida.

razón del burro jeromildo

Los cumpleaños de la esposa de don Segundo Altez se habían hecho famosos en el pago. Tres días y tres noches de fiesta.

En la segunda jornada de ese jaleo el estanciero ofrecía a sus invitados un espectáculo genuinamente gaucho: concurso de doma. Famosos jinetes se horquetaban en potros crudos des-

de la salida del sol hasta el mediodía. Cada estanciero invitado podría ir sin su familia; pero cada uno llevaba por lo menos un *reservado* de su hacienda. El propio Altez tenía una punta de yeguas en lo más áspero de la sierra. De allí venía a veces alguna fiera coluda y crinuda.

Esa mañana, que era una gloriosa de enero, el gentío se amontonaba cerca de la enorme manguera de piedra, en la que bufaban hasta quince irracionales de enrojecidos ojos y vibrantes nervios.

En el concurso se destacaba, por su desaforada estatura y su tronitante voz, don Zenén Tejera, quien había hecho arrear por tres peones suyos un burro chúcaro que allí entre los caballos estaba, inmóvil, al parecer dormido. Las palabras de Tejera se empinaban sobre el vocerío de la gente.

—¡Al que le aguante tres saltos a Jeromildo, que yo truje, criao en mi estancia, le doy cien patacones; y cuando haiga regolución lo hago teniente de mi escuadrón!

Ya eran notorias en toda la comarca las mentas del burro. Siempre se había dejado arrear con docilidad, trotando muy comedidamente, con la disciplina de un rabón de diligencia. Pero al sentir sobre su piel la primer garra —fuera tiro de carro o apero de montar— comenzaba a erizarse. Luego venía la tempestad en la que entraban desmedidos saltos, dentelladas feroces y coces como cañonazos.

La noche anterior, en gran reunión —antes del baile— domadores, peones y sirvientas, no sólo los de la hacienda, sino los venidos con sus patrones, se comentaba por lo largo la cuestión

del concurso. Una chinita con ojos de pitanga exclamó en una de ésas:

—Al que jineté al burro Jeromildo, que es de mi patrón, le hago compromiso de por vida.

Allí estaba el peón Ciriaco Mansilla...

Y Ciriaco Mansilla cortó el embeleso en que había caído mirando a la chinita y salió galpón afuera. En el del piquete salió al galope largo rumbo al rancho de don Juan Plá. Como quedaba cerca lo halló pulpeando la cena. A su lado sentóse Mansilla.

—Vea, don Juan: me ha tráido un asunto de fruncido tres jemes pa arriba...

El viejo Plá era lobizone. Ser solitario, de hablar reposado y melancólico, por el que, a pesar de su melena y barba venerables, persignábanse las viejas, mozos y mozas hacían algún sentimiento temeroso y los muchachos le sacaban el cuerpo. Todo eso le había caído por haber sido séptimo hijo varón...

—Vos dirás, muchacho.

—Vea, don Plá: va a haber una puja de domadores en la fiesta de doña Bernardina. Don Zenén Tejera ha llevao un burro llamao Jeromildo. Y ha ofertao cien patacones y galones de teniente al que le aguante tres saltos. Juera eso solo pa mí sería como si no hubiera tal burro. Pero, vea don Plá: una mocita ofertó cuerpo y ánima pa quien lo jineté, ¡y yo quiero jinetiarlo, don Plá!

Hubo un largo silencio. Luego habló el viejo Juan:

—¡Mal bicho ese Jeromildo... Pero, ¿por qué me has venido con esa retáila?

—Pa que usté vea a Jeromildo, don Plá, y lo convenza que se me haga aparcero, que no me

avente por el aire, asina yo me consigo una prienda.

—¡Basta! Esta mesma noche viá hablar con el burro.

Y Mansilla enderezó a la manguera, impávido, haciendo repicar unas imponentes nazarenas. Allí, entre el gentío, estaba el viejo Plá, quien le sopló fuera tranquilo pues tenía la solemne palabra de Jeromildo. Este estaba estaqueado entre ocho peones. No se movía, tenía la mirada perdida —como si soñara—, gachas las orejas que le daban un aire beatífico.

Altez había empinado unos vasos de la brava en el churrasco del amanecer; decía:

—¿Diande ha sacao cencia de domador y coraje de hombre Mansilla, que pidió la bolada pa subir a ese Mandinga?

Y el vozarrón de Tejera:

—¡Doy docientos a cien a Jeromildo contra el ido ese! ¡Y docientos a cien que en el primer salto nomás se va a ver aletiando por los elementos como paloma desnortiada!

Y la madre de Mansilla gritaba y lloraba:

—¡No me lo dejen saltar al lomo del burro ese! ¡Es lo único que me queda pa consuelo de mi vejez!

El caso fue que Mansilla saltó. Por un instante quedaron, frente a la puerta de la manguera, burro y domador inmóviles, petrificados. Al mozo se le hizo el campo orégano entonces, y encoraginado por la promesa de don Juan dejó caer el talero en el anca de Jeromildo. Y ahí fue la catástrofe. Todos los que

asistían al espectáculo observaron que Mansilla salía del burro como bomba de un mortero. Describió un largo arco en el caldeado aire de aquella mañana de estío y su cuerpo golpeó la tierra, del otro lado de la manguera, con lúgubre sonar de huesos.

Todos gritaron, todos corrieron, y ninguno hizo nada. Allí estaba, de nuevo, estatuado el burro. Y a él se acercó don Plá. Lo palmeó un rato y después lo montó. Y salió manguera afuera en un trote cortón, como caudillo al frente de su mesnada en un desfile triunfal. Y ante el pasmo y asombro de todos volvió, se detuvo, se apeó y le dio las gracias a Jeromildo. Entonces Jeromildo habló de esta manera:

—Señoras y señores: tuitos ustedes son más fieros, más desalmaos y más burros que yo, empezando por ese mozo que aventé por encima de la manguera y terminando por don Altez que da fiestas a costillas de algunos pobres baguales a los que hace atormentar por unos indios más brutos que ellos. Es verdá que don Plá es lobizome; hoy de madrugada me habló para que yo no me abusara con ese mozo que ricién descotillé. Pero lo convencí que taba muy mal hecho el pedido porqué por el antojo de una china caprichosa y el desnivel de un come moco enamorao no iba a pasar la vergüenza de verme enroscao en la sotera de un rebenque, que por algo me han hecho ganar la sierra y con eso mi patrón alardiar de tener un reservao sin emparde. Sí, señoras y señores: don Plá es lobizome, pero no porque haiga salido siete en la cría, sino porque siempre jué muy comedido con tuitos nosotros los brutos, algo que tuitos los brutos hemos sabido agradecer muy

por lo alto. Lobizomes son ustedes, y emparejo a tuitos: los gurises matadores de pájaros y apaliadores de gatos; los mozos mamándose y embrollando en las pulperías, palenquiando caballos hasta tres días; las mozas engatuzando a los viejos; los viejos engañando a las viejas; y las viejas... Aquí mesmo toy mirando dos que de noche salen a retozar, a juerza de plata, con dos piones...

Una de las citadas era tía de don Zenén Tejera a quien —al parecer— no le sentó muy bien la cosa, puesto que tronó:

—¡Calle, Jeromildo, porqué si tenés el lomo como un cerro pa los jinetes, no has de tener tan duro el mate como pa rebotar una bala; y no te digo más!

Calló —Jeromildo, callaron todos. Y en el silencio que se hizo las mozas miraban a los muchachos, los muchachos a las mozas, los viejos a las viejas... y a las dos mentadas por livianas de cascos, todo el mundo.

Enero 26, 1964.

desca samiento

Lo que vamos a historiar sucedió antes del 900. Es rigurosamente exacto. Dudar de su autenticidad es incurrir en grave delito.

Una casa grande. Dentro de ella —y a veces fuera— una dignísima familia: padre, madre y

tres hijos. Ciñendo la casa 1.500 cuadras de campo lo que, en ese tiempo, significaba discreta fortuna.

Un intenso romanticismo empapaba entonces a la juventud. También mucho anciano se vio mojado por ese temporal. Los mozos alisaban sus melenas, las mozas cantaban lánguidamente con una guitarra pegada a los senos, los viejos planchaban sus bigotes y las viejas enjalbergaban sus rostros como quien reboca un frente.

Vecina a la familia citada vivía otra: padre (viudo) e hijo (único) quienes muy eficientemente cuidaban 20.000 cuadras sobre las que pastaban majadas, rodeos y manadas inmensas. Manuel Alsina se llamaba el mozo.

Bien. En una fiesta y durante el baile Manuel hizo contacto con Laudelinda Almirón —hija del matrimonio que presentamos primeramente. En una polca de rueda hubo un tenue apretón de manos y un sutil choque de ojos.

Pasado esto se comentó en consejo de familia —casa de Laudelinda— tal peripecia. La madre dijo:

—Ese par te conviene, Laudelinda. Hijo único, serio... y le van a caer 20.000 cuadras...

Comenzó un cambio de esquelas. Las de él llegaban sin ajuste protocolar. Hasta envió una, cierto día, garabateada en papel de estraza, redactada sobre el mostrador de la pulpería del negro Fleitas. Las de ella volaban en papel rosa, dentro de sobre rosa, papel y sobres con ángulos floridos.

Al cabo de un año llegó el día que el joven Manuel resolvió apurar pues no se avenía con tanto suspiro y canto melancólico, a los que

daba aire Laudelinda. Y fue en casa de ésta el hecho memorable.

En una de las piezas se había alzado un altar.

A mediodía ya estaban allí juez y cura, y más de cien invitados. Se banquetearon todos. Luego, en tanto algunos siguieron bebiendo, otros timbeando, sesteando éstos y simplemente charlando aquéllos, en el dormitorio de Laudelinda comenzó el vestirla. Estaba entre madre, tías, primas y tres servidoras de la casa. El ajuar de novia se fue ajustando. Botones, broches y nodrizas comenzaron a ceñir el grácil cuerpo... y ahí fue cuando la madre empezó una especie de lamentación, en la que entraba la niñez de Laudelinda con sus brincos, su adolescencia con toda la gama de ternuras, y su mocedad llena de canciones dolientes y otros yuyos.

La negra Maruca, que había ayudado a cuidar a Laudelinda desde pequeña, inició un lagrimeo silencioso que a poco andar se convirtió en alterado sollozar. No tardaron mucho tías, primas y las dos servidoras restantes en formalizar un dolorido concierto.

El asunto se fue agravando.

A las seis en punto el cura tocó atención. La gente se fue congregando contra la puerta de la pieza donde estaba el altar. El mozo Manuel y su padre se arrimaron a la puerta por donde saldría Laudelinda. Del brazo la tomaría el viejo mientras la futura suegra se colgaba de Manuel.

Manuel y su padre empezaron a oir claro la música que sonaba dentro de la habitación aquella: voces, quejas y sollozos en tristísimo entrevero.

—¡A lo pior le ha dao algo a alguien! —murmuró el mozo.

Y el viejo:

—La verdá... más parece son de entierro que de casorio...

La puerta se abrió. Quedó encuadrada en ella una de las tías, arrasada en lágrimas. Miró sin rumbo y habló:

—Esperen un poco, díganlé al padre cura que aplace la hora. La estamos despidiendo...

Y cerró.

El novio comenzó a sentir un algo desagradable en todo su ser, y su padre lo mismo; una cosa amarga en la boca que los hizo escupir grueso.

—¡Despedirla! ¡No va a dir tan lejos que mi casa queda na más que a legua y media... —rezongó el joven.

Y dirigiéndose rectamente al sacerdote le habló con destemplada voz.

—A ver, padre, golpee esa puerta, y si va salir la novia que sea de una vez! Va pa una hora que tamos de plantón oyendo una junción que ni perrada aullando...

Llamó el padre. Abrióse la puerta. Apareció ella, se colgó del brazo de su futuro suegro... y cuando dio tres pasos y ya estaba lindando con la habitación del altar, surgió la negra Maruca y con desesperado acento exclamó:

—¡Párese, don, parate Laudelinda! Cantanos de por despedida la canción de Rolindo...

Todo esto sucedía allá por el Norte, cerca de la frontera. Del Brasil había invadido —igual que epidemia maligna— una serie de canciones y letras delirantes que eran el sueño, el ensueño y el enfermizo embeleso de cuanto joven

respiraba (invasión que hizo más daño que la de Tamandaré). Sobre todo, llegaron dos canciones: una, que cantaban las niñas: "Mi lacerado corazón para ti, Rolindo", y otra, que lo hacían los mozos: "Siempre, adorada Nair!". Eran dos composiciones desgarrantes.

Pues aquella de Rolindo fue a la que a la negra se le antojó cantara Laudelinda como postrer adiós. Y sin saberse cómo ni cómo no aparecieron una guitarra y una silla. Y Laudelinda atravesó el instrumento sobre sus rodillas. Y cuando inició el primer pie de aquel canto doliente y satánico, más para acto de inquisición que de alborozo, se abrió y se extendió por toda la casa un clamor de ayes.

Terminó el canto. El ambiente quedó como si hubiera pasado un huracán arrasante. La madre de Laudelinda fue a dar a su lecho, portada por ocho varones, abatida en un desmayo. Los mismos peones que asistían al acto, a pesar de que ni música ni letra les tocó ni uno de sus resortes, brutos e insensibles como eran, se sintieron sobrecogidos y escalofriados por aquel espectáculo imponente en que se vieron metidos. La negra Maruca le dio salida a unos ayes que más parecían alaridos histéricos, si es que una negra puede padecer de histeria...

Poco a poco se fue sosegando aquello. Hasta que el cura preguntó por el novio. Ni éste ni su padre aparecieron. Se les buscó por todo, se alzaron gritos por cuanto rincón tenía la casa. Nada. Y allí estaban todos perplejos y todos suspensos cuando avanzó el pardo Meireles, secretario-asistente del mozo Manuel, y habló. Y en su habla ungida de acento fronterizo, expresó:

—Señoras e señores: juese don Manuel pra su casa y su tata con él, que de a caballo salieron como si levaran a Mandinga en ancas. Y juese don Manuel muy aponderadamente asegún mi colegimiento. Pidióme que lo repriesentara y que aclarara el porqué del haberse hecho penche y mesa limpia. Díjome que novió por sobre un año pra casarse con una mujer y no con una urraca que si en la hora de maridar ten salido con la serenata que saliú, pra cuando tiver que repartir cama venía más loco que gato con brasa pegada al rabo. Que no hay ley que faculte a ninguém pra abusar de oido de ninguém; y que si el que abusa es mujer, y mayormente la de su mesma coyunda, cái en categoría de perdulario. Y ya que vido a la niña Laudelinda correr por el trillo que correu, y a la mama ganarle a fiador nel son del lloro, y por tres cuerpos a la negra Maruca en el batuque que levantou, tiña de sobre. Y que no dentraría en tal familia. Que no dentraría asina lo maniasen con manea de pie de amigo o lo enredasen con lazo de cuarenta brazas. Falado lo falado, retírome.

Se hizo allí un silencio de camposanto a media noche; silencio que fue roto por el indio Estanislao Madruga, uno de los peones que allí estaban, quien dijo:

—H e óido descursos que eran como pasador de a ocho hecho por el guasquero Chirú; pero el que recién largó el pardo Meireles podería dar cuatrocientas palabras con cuatrocientos feruletes de ventaja a cualisquier de los que ói.

Enero 12, 1964.

asunto entre caballeros

La clientela rebasaba el comercio de Juan Escardin.

Esa tarde se alojó allí —pues aquello, sin llegar a hotel era poco más que fonda— el paisano Censión Olmedo a quien el patrón le dijo, luego de cenar, que por no tener cama disponible tendría que hacerla en el galpón, donde también dormirían otros.

—No hay reparo que hacer —manifestó Olmedo— con el apero que uso hago cama pa un dotor en leyes.

Y así fue. Carona, tres cojinillos lanudos, un patria de suave bayeta...

Panza arriba comenzó a abrir la tranquera que daba al potrero del grato dormir. Ya estaba en la niebla cuando sintió un movimiento a su lado. Otro paisano también estaba haciendo nido.

—Desculpe, don; he llegao medio tarde, acabo de engullir un guiso —que a mí me pareció pastel de sobras— y aura...

—No es nada, amigo. Cuando uno anda de viaje, encontrón y tropezón son como fruta de año.

—Le doy las gracias, don.

—Tan de más, amigo.

—Sí, señor...

—Sí, señor...

Diez minutos después Olmedo comenzó a realizar un desconcertado concierto. Sus ronquidos empezaban suavemente, en un blando arras-

tre de alpargatas viejas; luego crecían en intensidad sonora marcando una impresionante escala ascendente que llegaba a casi la categoría del rugido. Y cuando iba a culminar esta música infernal, más de cuatro que allí se habían tendido —como el propio Olmedo y su vecino, insomnes ya todos— tensa el ánima en la espera del postrer estallido... la partitura cesaba bruscamente. Se hacía un silencio profundo, como esos después de la tempestad, en el que poco a poco se iba filtrando un batir de quijadas, primero, y después un tenue silbido que iniciaba el otro arpegio.

El vecino de Olmedo estuvo a punto, dos o tres veces, de amartillar una pistola de doble caño que cargaba y reventar dos tiros al aire con el fin de contrarrestar aquello...

Cuando empezó a rasgarse el alba, Censión se enderezó sobre los cojinillos. El paisanaje que durmió en el galpón ya había alzado camas. Tomaban mate afuera, mal dormidos, y en voz baja maldecían al hombre que los tuvo a los saltos con sus destemplados resuellos. Notó que su vecino tampoco estaba allí. Comenzó a tirar las bombachas, se calzó las botas, púsose de pie. Y cuando fue a ajustar el cinto notó que estaba aligerado. Los pelos se le enchuzaron. Abrió la presilla del buchón y sopló. Nada. El mazo de papeles que llevaba, y algunas libras, se habían hecho humo. Enderezó al dueño del comercio.

—¡Don Escardin, me han robao!

—¿Cómo que lo han robao?

—Sí, señor: me han dejao el carpincho con el cuero liso, como pa retobar pelotas de can-

cha. ¿Usté sabe quién es el hombre que se acostó de vecino mío?

—¿De bigote tieso él, y hablar fino y suave?

—¡Ese mesmo!

—Es el tape Jesús Leguizamón. Hará hora y media que arregló la cuenta.

—¿No sabe qué rumbo agarró?

—Pal norte, al Paso de Ayala. Ha de hacer mediodía en lo del brasilero Vasconcellos...

Y allá va Censión Olmedo al galope tendido, levantando el dorado polvo del camino a la frontera. A las once llegó. Contra el mostrador encontró al tape levantando copas entre dos paisanos. Censión pidió un botellón de caña y dos vasos. Y luego se dirigió directamente a Leguizamón.

—¿Usté, por un casual, no es Jesús Leguizamón, por güen o mal nombre el Tape?

—Sí, señor, pa servirlo en lo que guste mientras no sea pechar con la justicia.

—¿No me haría el favor, y desculpe, de acompañarme hasta la enramada, levantar dos o tres dedales conmigo, y oir una relación que pa usté tengo?

—¿Pero cómo no, amigo!

Bajo la enramada, abierta a los cuatro horizontes que, en ese instante, por ser enero y día limpio ardía, sentáronse ambos. Censión levantó el corcho y escanció.

—¡Güena la brasilera, suave y dulce como viuda gorda! —habló el tape. Rompa el juego amigo.

Olmedo se expresó de esta manera:

—Usté anoche durmió de vecino mío, en la pulpería de don Escardin...

—¿Usté jué el de los ronquidos?

—Creo que ronco algo, amigo; pero nunca me he óido.

El tape se concentró un momento.

—Sí, señor; anoche juí su lindero.

Brusca e inesperadamente se levantó Censión, relumbrándole un largo puñal en la diestra.

—¡Pues devuélvame el dinero que me ha sacao del cinto! Dispués terminaremos este botellón... y sanseacabó. No soy hombre de ver autoridá, la autoridá soy yo mesmo.

Muy suavemente, al parecer, le escuchó Leguizamón. Respondió:

—Usté, amigo, parece que anda desnortiao; y le ta faltando el respeto a un hombre. Y por mucho puñal que use...

No lo dejó terminar Olmedo. Con sobrecogedor acento le gritó:

—¡Desembuche ese cinto! Ayer cobré mi paga. Si en el papelaje que trái no hay dos que tienen una marca de horquetá que el estanciero Maneco Dumas rayó, y que son de diez patacones cada uno, yo retiro lo dicho y encima le doy diez libras. ¡Y ni una palabra más, canejo! O le corre la presilla al cinto o le ensarto el puñal hasta la ese.

Se encogió el tape, no tuvo otro remedio. Y comenzó u ndiscurso.

—Vea, don: lo ye ròbé el dinero, la plata es suya. Pero denantes óigame por sus muertos.

Llenó los vasos el tape. Y después:

—Yo, amigo, trabajaba de pión en una hacienda, allá por la Picada de la Palma Grande. Hace pocos días tuve una duda con mi patrón... Me puso en el corredor sin darme un vintén de lo que me debía, y de a pie. Si me

retobo me mata. Y asina enderecé camino arriba, de infantería, ampollándome las patas. ¿Qué le parece? y seguí, recebido en algunas estancias, corrido en otras, hasta que conseguí el caballo que hasta aquí me ha traido. Y basto remendao por aquí, cojinillo pelao por allá, me he hecho de un apero que ni zorro guasqueado. ¿Le parece fiero tuito esto? ¡Qué va a ser fiero! Fiero es que del otro lao tengo mujer y cinco hijitos, mantengo a mi mama y cuido a mi tata que ya ta boquiando de viejo...

En la voz fina y suave del tape se encendió el drama. El hombre hacía el dolor más doloroso y más sombrías la sombras. Olmedo, que ya tenía unas cuantas copas caldeándole el cerebro, llegó hasta el enternecimiento, la piedad y la pena. Cuando el tape hizo silencio, ardientes lágrimas asomaban a los ojos de ambos. Se levantó Leguizamón y volvió con el botellón hasta el pico. Entonces tomó la palabra Censión.

—Mire, amigo: yo trabajo pa cuatro estancias en el Pago de Arruda. Con lo que alcanzo a agenciar en ese vaivén comen y duermen la agüela de mi socia, mi socia, ocho crías, una hermana soltera —que ta ética—, otra que la engañó el novio —que ta loca—, mi mama con más de ochenta y mi tata que ta tullido del tuito. ¿Qué le parece? Mire: juera solo yo y su carpincho no se movía...

Y siguió Olmedo estirando su elocuencia en la pintura de un cuadro tan amargo como patético, y tan profundamente doloroso que cuando le dio cima los dos parecían canalones en día de lluvia... y los dos sabían el calibre de la mentira de cada uno. Si el tape se había ex-

presado como una calandria, Olmedo lo había hecho como un jilguero. Dos hombres, en fin, que de haber actuado en un tinglado hubieran sido estupendos actores, o de haberlo hecho en una tribuna política caudillos sin emparde.

—¡Tome su plata! —gritó el tape, en un entrevero de hipos y palabras.

Volcó el cinto, sobre la tabla, el tape. Y Censión en el aparte, pues Leguizamón llevaba lo suyo, le sustrajo una chala de diez...

Y los dos volvieron al negocio, a llenar por tercera vez el botellón, abrazados y emocionados.

—¡Señores —dijo Censión— si abajo el cielo hay un hombre legal y entero aquí ta el tape Leguizamón como muestra!

—¡Señores —dijo el tape— si por encima de la tierra hay un varón facultativo y limpio de cachete, aquí ta Censión Olmedo pa probarlo!

Marzo 22, 1964.

una interpretación de la democracia

—¡Usté no pasa de ser un carcamán y un sotreta!

Así trató Trifón Lemos al hacendado Quinca Melgar, dirigiéndose directamente a él quien, un poco abollado, contestó:

—A ver como habla amigo...

—¡Hablo como me óido, y no soy su amigo! ¡uste ha hecho tuita su plata, y poblao su cam-

po, mezquinando comida y paga a sus piones; embrollando a carreros y troperos; y misturando su rodeo con reses ajenas!

Y el hombre, de imponente físico y ya en la cumbre de la ira, descargó la sotera de su descomunal talero sobre la tabla de la mesa. Volaron vasos y botellas y luego cayeron con estrépito sobre el piso quebrándose en transparentes astillas. Botó sobre su banco don Quinca, pues el impacto tuvo la vibración de un trueno.

Pudieron apartar al indio entre Macario —el pulpero— y dos clientes que allí estaban. Una hora después se fue Lemos, sosegado. Pero antes de trasponer la puerta que daba al campo, volvióse, y clavando sus ojos en los del estanciero, que en ese instante empezaba a almorzar servido por el dueño del comercio, murmuró:

—¡Carcamán y sotrera dije, y no me desdigo ni desdigaré ni aquí ni en nengún lao ni tiempo, salga el sol por ande salga y anqué no salga!

La clientela reanudó la conversación. Melgar, en silencio, reconcentrado, terminó la fuente de guiso, después el platón con dulce de boniato, le vio el fondo al vaso de carlón que a su vera estaba, y comenzó a escarbarse dientes y muelas con un palo de chilca. Entonces le habló el pulpero, que retiraba el servicio:

—Quinientos pesos le doy al cristiano que me apalée al atrevido ese.

Y el pulpero:

—¡Mal pleito pal que le haga negocio! Trifón no es de correrse con la vaina del sable... ni con todo el sable, don Melgar.

—Por eso mesmo oferto quinientos, redondos como ojos de lechuzón.

Fue cuando se allegó a la mesa el mulato Melquiades. Dijo:

—Deme trescientos y yo me encargo del hombre.

Hacendado y pulpero miraron, asombrados, al mulato, ficha muy conocida en el pago, merodeador de gallineros, que tanto se pegaba a un guarda como a un contrabandista, ventajero en timbas, copador de paradas al viento en pencas, y mucho más.

—¿Vos?

—Yo mesmo, don Quinca.

—¿Te crees que esto es abijear un gallinero?

—Vea, don Quinca: si nos vamos a poner en lo que será y en lo que no será, lo que soy y lo que juí, no paramos de aquí un año. Yo no le pido ni dos cobres adelantaos. Doy un plazo de cinco días, y si en esos cinco no aparece el hombre con el cuero retobao de trapos, usté no me debe nada; pero si aparece puntiao como campo con cangrejal, usté me paga los trescientos... y si no me los paga yo saberé cobrarlos.

—Viá ver hasta ande llegás —habló Melgar— trato hecho. Macario queda de testigo y depositario del pago.

Mucho sudor le costó a Melquiades convencer a Trifón; tanto, que estuvo a pelo de recibir una tunda.

—No tenés más que aparecer en lo de Macario envuelto en tiras y buscándome pa matarme... Y nos cáin ciento cincuenta pa cada uno; ¡ciento cincuenta macacos, Trifón!

Así fue. Llegó Trifón a la pulpería, cierta tarde, tapado un ojo, vendado un brazo.

—Ando buscando a ese hijo de siete mil... el mulato Melquiades. Ande lo encuentre que rece el credo. Me agarró descuidao en el corredor, miren como me ha dejao...

La fama del mulato empezó a crecer vertiginosamente. Salió de boca de don Quinca y de la pulpería de Macario, se duplicó en los galpones y se quintuplicó en cuanto rancho había. De ahí que fue llamado por la viuda doña Benjamina Trelles para apalear a un joven que le engañó a una de sus hijas, y por el comerciante Ifrán para que procediera contra un cliente que le embrolló doscientos pesos. Joven y cliente fueron *apaleados*... como Trifón. Y Melquiades empezó a verse relumbroso, y mentado... hasta que se le dio vuelta la taba.

Se celebraban grandes riñas en lo de Macario. La pulpería crepitaba. Y en ella, de mañana, antes de toparse los gallos, se paseaba Melquiades en ronda de mesas, invitado de honor, sudando suficiencia. Hasta que engrosó la clientela el indio Trifón, bastante encandilado, y no de sol por cierto. Y quiso el destino que allí también estuviera don Quinca Melgar, que había llevado dos pollos y un jaca.

El caso es que el indio, luego de consumidor los ciento cincuenta que le tocaron por el trato hecho con Melquiades, se había dado en cavilar: don Quinca era un bandido al dar plata para que lo charquearan —que esa fue su perversa intención—; y el mulato otro bandido, comerciando su piel, y ahora, para peor, merced al camino que había dado a sus finanzas, pavoneándose y con patente de guapo.

Trifón entró al despacho, como dijimos, y comenzó a colar la imagen del hacendado por entre la cerrazón con que la caña levantada velaba sus ojos. Y cuando lo tuvo a foco y le reconoció, le volvió —en mala hora— a su memoria el incidente habido. Y entonces trató de poner las cosas en su debido y justo punto. Se acercó a la mesa donde don Quinca, con dos o tres compadres, comentaba las virtudes y posibilidades de sus gallos, y habló:

—Si me da su licencia, don, y anqué no me la dé, le viá decir algo que en el buche lo llevo como si juera atracón de tortas calientes con agua fría encima. Usté, va pa tres meses, negoció mi cuero, como si juera de oveja, junto con el mulato Melquiades, que áhi anda abriendo la cola como pavo celoso. Y el mulato Melquiades (se lo digo para su gobierno) en vez de apaliarme repartió la plata conmigo; los dos hicimos un tiatro que hasta hoy ando de cachete colorao de la vergüenza que me ha cáido. Porque ese mulato...

En ese mismo instante avanzó Melquiades hacia Trifón, abriendo brazos como para estrecharlo en su pecho. Pero Trifón lo detuvo en seco de un soterazo que le tomó desde el hombro derecho hasta londe termina el espinazo, a lo largo de todo el lomo.

—¡Yo te viá dar abrazos, mulato trompeta, ladrón y créido!

Y el indio, en plena vorágine, comenzó a aplicar talero, muy equitativamente, entre el hacendado Quinca y el zorro Melquiades.

Finalizado el cataclismo, sosegado el ambiente, bajo la enramada Trifón entre cuatro o cinco aparceros que lograron pacificarlo, el mu-

lato, sentado en arco frente a don Quinca —que no se sentía mejor que él— se dio en filosofar.

—Si el reparto de lonja que ha hecho Trifón no hubiera sido parejo, les garanto que de aquí no salía ese indio sin haber sentido mi cuchillo en la panza. Pero el hombre jué legal y usté, don Quinca, ha recibiddo lo mesmo que yo. El otro día, en una riunión en la plaza del pueblo, un dotor nos dijo: —La justicia, pa ser justicia, ha de correr igual pa tuitos. Asina se hace la democracia. Yo no sé lo que es democracia, palabra que se me clavó en el mate por linda; pero si pué comprender qué es lo que le ha cáido a usté, don Quinca, y a mí, por lotes iguales, esa palabra la viá hacer de mi propiedá; y en el primer candombe que se levante la pongo en mi divisa.

Febrero 23, 1964.

el relato de simón belén

La noche se iba aplastando lentamente sobre las bajos del Pago de Fajardo. Sólo en las crestas de la Sierra Sucia el sol que moría patinaba sus oros.

En el gran galpón de la estancia —cuyo dueño era el brasileño Pompeyo Albuquerque, hombre hidalgo, generoso— en el cenicerío del inmenso fogón del centro estallaban los palos

del monte, y las llamaradas iluminaban hasta veinticinco rostros que relumbraban como cobres bruñiros: peones de la hacienda y troperos que habían venido a llevar mil reses para un lejano campo. Allí, engrosando la rueda, estaba junto a don Pompeyo el comprador de la tropa aludida, Isidoro Toledano. Cordial ambiente entibiado por el soberbio mate amargo y la no menos soberbia caniña de Santo Antonio da Patrulha, que expresamente para el amo venía sobre los cargueros del contrabandista Irineo Mansilla.

El tema de la conversación se había centrado en hechos más o menos heroicos. Cada uno iba contando el suyo en tanto dos, de los que allí estaban, atizaban el fuego, arrimaban más leña, y clavaban a su vera dos maravillosos costillares de ternera. Y mientras éstos comenzaban a gotear y a dorarse poco a poco, iniciaban el trajín del arrime de galletas, recuesto de damajuanas llenas hasta el pico de espeso vino y reparto de jarros para escanciarlo; y el tema seguía corriendo.

Un breve silencio que se hizo fue aprovechado por el dueño de casa:

—A ver, seu, ¿nao ten algo pra contar de sua vida?

Se había dirigido a Simón Belén, negro gigantesco, de tupida mota retinta. Este ser hasta ahí había permanecido mudo, inmóvil... menos en su brazo derecho que subía y bajaba en un ritmo persistente llevando en la mano ya el frasco, ya el porongo. El negro se sintió tocado por la pregunta de don Pompeyo. Habló de esta manera:

—Sí, señor. Viá contar algo que me sucedió e nel borbollón del 70.

Atizó el chaludo, pasó por el garguero un largo trago —de acuerdo con su estatura— acomodó el pecho y empezó:

—En la del 70, como les dije, mi escuadrón jue corretiao sin alivio y sin lástima. Comenzamos a juir cuarenta, perseguidos por cuatrocientos y al fin quedé yo solo. Ya había tirao lanza y corvo, sólo seguía con pistola y puñal. Un anochecer, dispués de tres días de tres días de sentir a los babuinos pisándome los talones, me arrimé a una estancia. Mi caballo no daba más. No había naides en aquellas casas: ni perros, ni gallinas, ni chanchos, ni gente. Sólo vide un burro pastando muy comedidamente al lao del barril del agua. Era un burro encorpao, estaba gordo y parecía conocer la rienda. Desensillé mi lobuna, me despedí dél, y ensillé el burro. Lo monté de salto y salió voluntario al trote largo. Cuasi lo abracé y lo besé. Y me dispuse a seguir cruzando el campo y la noche.

(Aquí el negro tosió de nuevo, hizo crepitar la bombilla y chupó el cigarro. Y continuó, en medio de honda expectativa, pues su gesto era grave y su voz impresionante).

—No había caminao diez cuadras cuando el burro clavó patas. Lo tantié en la espuela, le arrimé —con suavidá— la lonja, le tornié las riendas. Nada. Me apié. Taba como contra una cachimba. Monté y el burro arrancó pa las casas. En las casas me volví a apiar. Revisé el recao dende la bajera a la badana, le apreté bien la cincha y monté. El burro salió al trote largo, y yo contento. Pero al llegar al mesmo

sitio de la cachimba se me estaquió de nuevo. En ese son hicimos cinco viajes. Al fin me calenté y resolví calentarle dende el anca a la cabeza. Taba en esa fiesta cuando el burro se revolvió como un trompo y me acostó de una patada.

(Vuelta a la tos, a la pitada, etc. Y a reanudar el relato.)

—Abrí un ojo. Vide que taba clariando. El casco del mate me sonaba como si adentro tuvieran sacudiéndose diez acordionistas. Si no juera por el escuece que sentía ande juí tocao por la patada hubiera hallao muy superior aquella música. Y cuando abrí el otro ojo vide al burro, cerquita mío, pastando como si él juera dueño y señor de tuito. En eso lo vide parar las orejas, que las tenía regulares, y sentí un tropel: "los babuinos! Me vieron, me rodiaron, y me hicieron levantar a arriadorazo por alarido. ¡A ese foragido —gritó el jefe— hay que degollarlo; y sobre inmediatamente! Pero aquí no, que tamos en la estancia de mi compadre no sé cuantos, y a lo pior su ánima en pena les da trabajo. La cosa va a ser al pie de aquel cerro... —y señaló uno, lejos. Y se encaró conmigo y me dijo: Pa que veas que no soy nengún sin yel: ¿cuál es tu último antojo? Aquí tráimos tabaco, caña, y demás. ¡A ver, pués! Entonces yo le hablé mansito: Mire, coronel, que me lleven en ese burro, vea que ya ta ensillao.

(Vuelta la tos, etc. El paisanaje estaba de cogote tendido y orejas abierto y los patrones lo mismo.)

Monté. Y montarlo y clavarle las nazarenas jué todo uno. Lo pinché con juerza. El irra-

cional arrancó como si le hubieran puesto una docena de abrojos abajo de la cola. Y ya sentí el griterío del escuadrón que atrás mío iba desalao creyendo que yo me había enarbolao pa juirme. Pero yo ya había cavilado mis cárculos: o el burro era bien burro, o más burro que él era yo. En el plan de espuela que iba llegaba a la cachimba. Y llegar y dar güelta era todo uno. Pasábamos abriendo claro en el escuadrón, entre un revoleo de ponchos y de montaos. En la primero nomás, rodaron dos y trillaron las chilcas, y otro se jué de cabeza a la cachimba. El burro aquel era sólo pal barril y no había ni Dios ni naides que le cambiaran la vida. Sólo un trillo conocía: de las casas a la cachimba y de cachimba a las casas. De modo y manera que hicimos como cien viajes, que él más que animal de cincha, parecía parejero de mentas; y el escuadrón mermando. Los últimos que jueron quedando corrían como embrujaos, espumando la boca. Hasta que en una de esas llegué yo solo al patio de la estancia... cuando vide arrimarse, en un tranco cansao, al coronel, ladiao y roncando. Se tiró al al suelo, se sentó, me miró y me dijo: Usté, amigo, debe ser el mesmo Mandinga. En el correr de tuita mi vida no he pasao las que hoy he pasao. Yo aflojé las lloronas, me apié, y le hablé: Vea, coronel: Mandinga es ese burro. Montao en él usté pué hacer lo que le dé la mesma gana, que es lo que yo he hecho. Súbalo y dígale: ¡pal Brasil! Y no pasa una hora que ya se vea comiendo poroto. Dígale: ¡pal Entre Ríos! Y no pasan dos horas que ya se vea comiendo locro; y mamándose, porqué entrerriano y borracho no le falla ni uno. Se lo vendo. Déme treinta

patacones y su flete y es suyo. Hicimos el negocio. Allí quedó el coronel. Yo dejé resollar un poco a su caballo, le acomodé mis garras dispués, y me hice humo...

(Hizo otro silencio el negro y terminó su historia.)

—Pasaron como diez años. Una mañana iba cruzando contra la estancia aquella y vide al mesmo burro cinchando el mesmo barril que aquel día vide. Y sobre el burro al coronel, taloniando duro, ético y como asombrao... ¡Qué güeltas tiene la vida!

Hízose un callar hondo.

El dueño de casa se inclinó discretamente, y le murmuró a Toledano:

—Creio que este yimbo ten abusado da miña hospitalidades...

Toledano le contestó:

—No le haga caso, don Albuquerque; negro con carga de caña en el buche se pone fantástico...

Abril 18, 1964.

la señorita

Se abre la puerta de una habitación interior, en la fonda del pueblo, y por ella sale el estanciero Isaías Roldán. El tacón de su bota bate con dureza las losas del patio. Es una mediatarde de marzo, tibia y plácida. Bajo el parral

que ensombra todo el espacio, en un sillón, está ella. Su cuerpo marca un leve vaivén en tanto lee un libro. El hacendado atraviesa diagonalmente el patio, observándola, hasta desaparecer por el zaguán que da a la calle. Llega una mulatita con dos latas. La cadena del aljibe modula su música, sale el balde desbordado. La mulatita llena las dos latas mientras canta. La joven del sillón levanta los ojos contemplando el rancio cuadro de la criada junto a los espléndidos azulejos del brocal; y la melancolía de la canción aquella le da un bienestar profundo y sereno...

A las ocho entra Roldán en el comedor. Antes ha estado en el despacho de la fonda tomando unas copas, donde preguntó al patrón por la mujer del patio.

—Es la maestra que va para el Rincón de la Cuchilla.

—¡La maestra! ¡Si es una gurisa! ¿Y ella sabe cómo es el lugar aquel?

—A lo mejor... a lo peor...

—¿Y cuándo va a dir?

—Ha mandao ver quien pueda llevarla; pero por ahora...

—Yo voy mañana pa la estancia. Dígale que si quiere yo la arrimo a la escuela.

Al otro día temprano el carruaje iba levantando el polvo del camino. Manejaba un pardo. Ya bien entrados en el campo ilímite ella exclamó:

—¡Qué lindo es todo esto!

La sierra ondulaba a la derecha. El sol de otoño bajo un cielo purísimo hacía de plata los planos de las enormes piedras, entre las que asomaban palmas y cubrían helechos. En reali-

dad toda la tierra era una sinfonía de vida y de belleza. El habló al rato:

—Sí, muy lindo. La sangre le retoza a uno en estos días, el toro y el pastor deben sentir lo mesmo, desculpe, señorita. Pero vendrá el invierno dispués y al campo le caerá como un luto... Se lo digo yo que he pasao muchos aquí. No sé cómo los irá a sentir usté...

Muy cerca del mediodía llegaron. Eran tres ranchos, casi taperas: uno grande: el salón, el dormitorio y el comedor de la maestra. Otros dos, pequeños, hacían de cocina y de galpón. En un alto estaban; y aunque el paisaje desde allí era maravilloso había como una desolación en aquellos ranchos sombríos que se recostaban a un ombú centenario. Las puertas estaban abiertas, y cuando entraron salió de adentro, al campo, un gato erizado y fiero lanzando salvajes bufidos hasta perderse en el yuyal que circundaba todo.

Eran pocos los niños. La maestra decía a veces a la morena que consiguió para cocinera, y compañera:

—A estos muchachos hay que moldearlos con escofina. Pero ya llegará el día que lo haga con lija suave...

—Sí, señorita, de eso no hay duda —respondía la negra.

—La tarea va a ser grande, Marica; pero la vamos a hacer.

—Sí, señorita, de eso no hay duda.

Aquella negra era la misma encarnación del fatalismo.

El segundo comisario empezó a llegar seguido allí. Y el estanciero Roldán lo mismo. La escuela con esto prosperó pues la policía velaba

por la concurrencia y el hacendado por la cocina para todos. Pero ella, en cierto modo, iba perdiendo pues se estableció un asedio sórdido entre los dos hombres. Un día el policía le dijo:

—¿No se siente sola, señorita?

—¡Cómo, entre tantos niños!

—¿Y cuando los muchachos se van?

—Está Marica.

Roldán llegó una tarde, en un caballo coscojeador de gran estampa. El invierno ya había aparecido. Llovía y hacía frío. Entró y se sentó frente a la maestra que llenaba un cuaderno, sobre su pupitre. A su lado dormitaba Marica, acurrucada, envuelta en un gran rebozo.

—Marica, ¿tenés agua caliente? —preguntó él.

—Sí, señor, de eso no hay duda.

—Pues cebame mate.

Era la primera vez que ocurría esto. La negra salió.

—Mire, señorita: he pensao, y mucho, en usté. Se ta pudriendo en este medio...

—No, señor: recién empieza a ser maestra. Estoy, como quien dice, floreciendo.

—¡Déjeme...! Vea: soy bastante bruto, me gustan las cosas sin adornos. Le pongo casa en el pueblo, la hago vivir con un lujo que...

—¡Cállese y salga inmediatamente!

—¡Pero si no me ha óido!

—¡Salga inmediatamente he dicho!

La joven ya estaba de pie, rutilándole los ojos. También se había puesto de pie él. La observó y sintió que aquel mirar lo agobiaba. Salió murmurando:

—¡Parece gata arisca ricién parida...!

Ella oyó que los cascos del caballo golpeaban la tierra encharcada con ritmo de vorágine. Entró la negra con la caldera humeante y el mate pronto.

—¿Y don Roldán?

—Se fue.

—¿Y el mate?

—Trae azúcar y entre las dos lo tomaremos dulce.

—Es verdá, señorita, de eso no hay duda.

Pero ya no vino más el peón de la estancia a reforzar la cocina de la escuela. Marica sabía aprovechar bien las medias ovejas que a veces mandaba Roldán, y los pedazos de charque, y la bolsa con galletas... Todos comían: maestra, criada y niños. Ahora la negra tenía que ir casi todos los días al almacén de Chabá, en el rancherío. A veces volvía hasta los huesos de agua y barro, pues tenía que hacer más de diez cuadras de un camino espantoso. La señorita la hacía desnudar, le frotaba el cuerpo con una toalla áspera la ayudaba con sus ropas.

—¡Pobre Marica, es el deber! Mañana voy yo.

—¿Usté? ¡Nunca! De eso no hay duda.

También el segundo recibió su lección. Mozo que llevaba con gran prestancia la espada, una noche que había salido del rancherío bastante alumbrado golpeó la puerta de la escuela. Ella abrió. El quiso entrar, pero se vio detenido bruscamente por la voz y la actitud de ella.

—Mire, segundo: yo conozco hasta el fondo de sus pensamientos. Usted es buen funcionario, y buen mozo; pero muy simple, pavote, en fin. Si no monta en seguida a caballo y se va a dormir a la comisaría para despertar bien mañana, suspendo la clase por una semana, voy

al pueblo y el señor jefe político hará el resto. Venga a la escuela cuando no esté borracho y tenga el corazón limpio. De mí no conseguirán nada que yo no quiera, ni usted ni todas las autoridades de la República.

La puerta se cerró suavemente; el hombre conoció allí mismo que ya, para él, no necesitaría ni pasador ni tranca.

Fue cuando apareció el fantasma. Sobre la medianoche se escucharon unos gritos escalofriantesé y cuando ella y Marica abrieron un postigo, el espectro blanco hacía la ronda en torno a los ranchos. Esa fue noche sin sueño. La siguiente los nervios de la joven casi capitulan. Marica reía o lloraba, pronunciaba palabras incoherentes. Y la atenazaba en sus brazos con la fuerza que da el espanto.

—¡Pero, Marica, no hay fantasmas, ni lobizones, ni almas en pena...!

A mediodía volvió la negra del almacén. Junto a ella caminaba Isolino Coronel, contrabandista, mozo huidizo, de ojos ardientes y palabras magras. A veces llegaba a la escuela, don de tenía un sobrino, y dejaba azúcar, porotos, café, fariña, rapadura...

—Esta noche quedaré aquí, señorita. Vamos a ver...

Y esa noche Coronel salió en tres botes. Se oyó un horrendo grito. Corrieron al campo, desoladas, la maestra y la negra. El mozo miraba calmosamente a un hombre caído. A su lado había un palo y unos trapos blancos.

—Este moreno es de la estancia de Roldán. Traé un balde con agua, Marica, el argollazo que le di lo descalabró.

Y el negro declaró que era la mujer de Roldán quien lo mandaba.

—Andá, hacé como te digo, asombrame a esa yegüita, que se vaya de una vez y deje en paz a Isaías... —decía.

Llegó a la estancia. En la puerta estaba Roldán.

—Haga llamar a su mujer.

Cuando aparecieron ella y su hija la maestra le habló:

—Supongo que el peón que mandó para asombrarme le habrá dicho lo que pasó. Yo pienso cumplir el año escolar, señora; recién me iré a fines de diciembre. No me asombrará ningún fantasma ni ningún aparecido, ni me sacará de mi trabajo la estupidez de ninguna mujer. Por mí no perderá a su esposo, no tema. Si tuviera intención de quitárselo no lo hubiera corrido de la escuela, como pasó hace poco. No sea ordinaria y déjeme vivir en paz.

Pasado un tiempo comenzaron a llegar de nuevo los surtidos desde la estancia.

A veces, cuando los atardeceres eran limpios, ella se sentaba a la puerta de la escuela. Y miraba la línea de los horizontes. Y allá abajo el rancherío desolado en medio de un paisaje esplédido y salvajemente hermoso. Hacía el balance de sus pensamientos. Los hombres y los niños de allí eran otros. Pero mejores. Había en todos ellos un alto porcentaje de cosas negativas: delito, barbarie... empero era superior el porcentaje de inocencia y de bondad que poseían, una inocencia y una bondad purísimas.

De vez en cuando aparecía el turco Chabá por allí, donde enviaba sus dos hijos. Ella le decía:

—Chabá, sus hijos son muy inteligentes. Todos son inteligentes, pero los suyos y el morenito hijo de Casiana son los más aplicados. Pienso que tienen pasta para grandes hombres. Yo haré lo posible por que lo sean.

Y Chabá —que se había juntado con una china del lugar— hablaba muy emocionado:

—Yo hago lo que vos digas, señorita.

—Tiene que darles su apellido. Mañana si son grandes hombres —y aunque no lo sean— a usted le va a doler que siendo suyos no lo lleven.

—Yo hago lo que vos digas, señorita.

El turco había llegado de cajón al hombro al rancherío y se había aquerenciado, hasta lo hondo, del lugar. Conoció la chinita que lo acompañaba, compró un rancho, puso negocio. Era joven, fuerte, de hermoso rostro, amplio y valiente. La tarde que después de la clase ella fue a su casa, junto a sus dos hijos, él la recibió aplastado por el dolor. Ella entró. Su compañera agonizaba. De nada había servido la vida reposada, generosamente ofrecida. El mal que minaba el organismo de casi todos allí —miseria, hambre— se había bien clavado en ella. Y ese invierno, que fue implacable y duro, dio el último zarpazo. Tres días después la enterraron.

La señorita consiguió que el señor inspector presidiera los exámenes de la escuela del Rincón de la Cuchilla. Y también que fueran algunos hacendados, entre ellos Roldán, al acto, diciendo:

—Doy gracias al señor inspector por su presencia, como a todos los que aquí están: vecinos del rancherío, autoridad policial, y hacendados del lugar entre los que está don Isaías Roldán cuya generosidad ha valido la alimentación de los niños, la mía y la de mi cocinera, compañera y amiga, generosidad a la que se ha añadido la de algunos humildes contrabandistas —que no tienen otro camino que el que hacen— y la de dos pequeños comerciantes del rancherío. Todos, desde el habitante más pequeño hasta el más anciano, han sido muy buenos, lo que me obliga a seguir aquí, por lo que pido al señor inspector me tenga en cuenta. Quiero lograr que estos niños, con los que he trabajado un año, hagan mañana por que el rancherío vecino ceda lugar a algo más noble... Pero este es un problema muy vasto...

Afuera, ya terminado el acto, Roldán montó a caballo, uno de aquellos caballos caracoleantes que a él le gustaba gobernar. Y gritó:

—¡Mande decir cuando quiere el carruaje para llevarla al pueblo. Adiosito, señorita! ¡Usté es la primer mujer que nos ha arrocinao a muchos y la primera maestra que nos enseñó a todos.

Al fin quedó solo Chabá. Ella le dijo:

—Y ahora, Chabá, a lo nuestro.

—Es demasiado para mí, señorita.

—Usted es un hombre joven, Chabá, y además me gusta. Yo sé que también le gusto. Tenemos los dos que velar por el futuro de esos dos niños, igual que por el negrito de Casiana, y el de los que sean... Ya hemos hablado demasiado sobre esto, Chabá...

trí fón menchaca

Trifón Menchaca era peón en la estancia Las Tres Marías. Llegó como domador. El patrón puso a su orden una tropilla de crudos. Trifón la entregó no domada sino embrujada. Los caballos trotaban, galopaban, algunos mantenían muy bien sus estampas; pero cada uno de ellos quedó con algo que lo singularizó: éste se pasaba las horas petrificado sobre la tierra, como si soñara; aquél, en un trote repicado, como de mula de noria, vivía repasando el potrero, pegado a los alambrados; el otro empinándose de manos cada tanto, atravesando el aire con espeluznantes relinchos...

No se podía tener confianza sobre el lomo de estas bestias. El peón Vega, por ejemplo, ensilló uno de ellos cierta mañana que tenía franco. Enderezó a la pulpería... y el peón Vega volvió a pie a la estancia, medio descaderado.

—Iba al tranco, —dijo— masticando cómo iba a tener quihacer pa ganar un truco de desafío que tenía con Loreto Robaina, cuando el colorao arrancó como si juera por sobre un trillo de pencas. Ya había alcanzao a acomodarme como pa seguirle el son cuando clavó las patas. Y ahí jué que salí de viaje por el aire. Dispués reboté, haberé dao lo menos veinte saltos, me dentró una cerracina, y me despedí del mundo. Cuando abrí un ojo el colorao enstaba en un baile que, si no hubiera sido que cada güeso no me doliera, ni tuviera pedazo de cuero que no me escociera, entodavía me taba réindo...

Otro peón, Pedro Salcedo, también en otro de los ejemplares domados por Trifón, fue a un rodeo. Estaba haciendo un aparte con el negro Canuto Tejo cuando el cebruno que montaba se le alzó y se metió rodeo adentro levantando tal alboroto de patadas, mordiscos y bufidos, que el rodeo explotó como una bomba: toros, vacas, novillos y vaquillonas se abrieron por el campo con pavoroso estruendo y no quedó cerco sano. Dicen que un novillo pampa, de los que integraban el rodeo, apareció en la estancia de don Zenén Alvariza, a unas nueve leguas de allí, para lo que tuvo que cruzar el arroyo sauzal y luego el Quebracho, y no por los pasos corrientes.

En fin: el dueño de Las Tres Marías hizo juntar la famosa tropilla y mandó largar en el último de los potreros, en plena Sierra Sucia, ordenando que no se pensara más en tales bichos.

—El güen domador —explicaba el hacendado— no debe quebrar sino amansar; no debe asombrar sino convencer. Sindudamente los más acobardan y quiebran; pero, con todo, los animales salen como pa poder andar y trabajar en ellos. Trifón los embruja. Es tan bruto y tan fiero ese indio que una vez lo vide enderezar a un arrocinao por él y el clinudo, de sentirlo no más, se asustaba.

Pero Trifón siguió en la estancia.

Sus compañeros habían caído en llamarlo Trifón Solito pues este solito no se le zafaba de la jeta. ¡Déjenme solito, no me encalabrinen! Solito me lambo mejor, como el güey... Con par se me despintan las cosas, déjenme recorrer solito, patrón...

Esa mañana llegó como a las nueve a la pulpería de Flores. Eran más de las once y seguía medio perdido en un rincón del despacho, señero, junto a una mesa mirando muy concentrado su octavo vaso de caña cubana.

Sucede que Trifón estaba perdidamente enamorado de Lucila Silveira, una de las hijas del puestero Manduca. La había visto tres veces y cada vez que la vio sintió que la nuez de su cogote se levantaba y le cortaba el resuello. Y allí estaba ante el octavo vaso rumiando cómo iba a resolver el asunto de la declaración, pues aún no le había dicho esta boca es mía. El soliloquio se iba estirando desde que llegó, en un áspero murmullo de medias palabras.

—La cuestión prencipal —iba diciendo— sería darle una serenata por lo alto, es verdá. Pero pa esto carecería cantar un verso y rascar una vigüela. Lo de la vigüela sería lo de menos pues con llevar al tuerto Narciso, que con cinco riales de caña lo acomodaba, taba. Pero ¿y el verso? Habería que hacer uno de fantesía, como pa hacerla tastabillar. Y dispués la dedicatoria. A esto sí que habería que untarlo de cencia, como pa que Lucila, de cuerpiarle al canto no aguantara el cimbronazo del descurso... Es verdá... Pero, pa llegar a esto hay que pasar tiempo... y pacencia... y... ¡No!

Y Trifón se ensimismaba, le veía el fondo al vaso, enjuagábase la boca, hacía un cigarro, reclamaba otra ración y seguía el monólogo.

—Podería dir a la polecía y presentarme voluntario. De llegar a sargento caír una tarde al puesto de don Manduca, horquetao en un güen pingo, con el quepís relumbrando visera,

las botas como espejo, los espuelines tiesos y el sable cacariando como gallo encelao. ¡Ahijuna! ¡No hay viviente mujer que no se dueble enfrentándose a una estampa de esas! Pero... pa llegar a sargento hay que golpiar mucho trapo y el capitán Camejo es como perro cimarrón de hosco. Lo menos tenía que apuntarme cuatro muertes de foragidos... y por encima de eso salir con el cuero sin sietes...

Y vuelta a cavilar, a desnivelar el vaso, y...

—Podería también hacerme varón de mentas, contrabandiando o matreriando. Que me sacarán décimas y que los cantores las jueran desparramando en cuanto baile, cristianamiento, o pencas se levantara. Y en uno de esos fregaos a que ella juera, caír de chiripá tendido, bota arrugada, lloronas cantoras, trabuco y facón cruzándose sobre la barriga; y la cuadrilla remoliniando redomones. Y levantar la paloma en ancas... Pero... pa llegar a esto habería que haberle quebrado el cuerpo a los plomos de los policianos, y a los del mesmo Capitán Camejo que sabe ser viviente pior que té de batatilla. Y tuito esto viviendo a la yaguareté por acá y a lo zorro mosquiando por allá... es verdá... ¡Um... muy largo, muy fruncido, y muy tejido el asunto!

Y en ese trillo siguió Trifón cuando el pulpero, arrimándosele, le pegó el grito:

—Trifón, ¿vas a comer?

Trifón, sacado bruscamente de su ensueño, botó sobre el banco.

—¡Viá comer, canejo! ¡Cómo no viá comer!

Entonces don Flores le atravesó un plato hondo rebasando locro y tres galletas duras, de

esas llamadas cabeza de negro, como pa sacarle la quimera al más quimérico de los poetas. Pero en Trifón el efecto fue opuesto. Cuanto más mascaba, y más mojaba las mascadas con un carlón espeso y rojo como sangre de toro, más tierno y enamorado se iba sintiendo. Y más ansioso. El caso fue que con un cuarto quilo de queso y otro cuarto quilo de membrillo en la diestra enderezó al palenque, montó de salto y punteó al puesto de don Maduca.

—¡Di una vez por todas, y hoy mesmo, determino el asunto!

Y sin saber cómo no cómo no, se vio frente al rancho del puesto, a media siesta rodeado de perros y atragantándose con el postre.

—¡A vez, don Manduca! !Que salga la Lucila pa juera que me le vengo a declarar, canejo!

La conmoción dentro del rancho —en esa hora apacible— fue espantosa. Apareció don Manduca en calzoncillos, saltados los ojos, pistola en mano. Y cuando conoció a Trifón y calculó la dimensión del peludo que cargaba, le gritó en lo más alto de la cólera:

—¡Juera de aquí mamerto sin yel, embrujador de brutos! ¡Yo te viá dar Lucila, carpincho alzao! ¡Una mora en el mate es lo que te viá dar!

No había terminado esta retahila cuando su mujer y sus cuatro hijas estaban en la puerta. Y el griterío fue tan imponente que los perros, rabo entre patas, callaron el suyo. Trifón dio con el cuerpo en tierra, fulminado.

Allí mismo, por ser verano, lo acomodaron sobre unos cojinillos. Trifón empezó a roncar pausadamente, inmóvil.

—¡Qué indio grandote! —exclamó la esposa de Manduca.

—Muy bruto —habló el puestero— pero muy guapo pal trabajo.

Una de las muchachas comentó:

—Y no es mal mozo, grandote y todo...

—¿Qué te parece, Lucila? —expresó la madre. Como par sería por sobre lo rigular...

Diez años después Trifón regenteaba el puesto de don Manduca, finado. A la puerta del rancho, una tarde, conversaba con un compadre que había llegado de paso. Ocho muchachos armaban un ruidoso jaleo frente a ellos, en el campo.

—Es asina, compadre —hablaba Trifón— siempre quise ser hombre cortao de tuito, solito... y vea nomás en la que me metí. La bebida es muy mala consejera...

La esposa lo oyó. Se acercó medio encrespada.

—¡Mala consejera! ¿Por qué es mala consejera?

—Mala consejera pa algunos. La que levanté en lo de don Flores, va pa diez años, pa mí jué superior...

prudencio y peregrino soria

Eran Prudencio y Peregrino Soria hijos del mismo padre y de la misma madre; pero desde cabeza a pies, desde cerebro a corazón, totalmente distintos, menos en una sola cosa: los dos habían seguido el rumbo de la soltería. Habían heredado campo de muchas cuadras. En el caserón que nacieron, retozaron y fueron mozos, llegaron a maduros.

Antes de amanecer se levantaban y en tanto, yendo y viniendo impartían órdenes de trabajo, iban tomando el mate que dos negros cebaban, flanqueándolos caldera en mano. Churrasqueaban frugalmente y salían al campo cada uno por su lado, seguidos de peones...

Tenían amistades, los domingos concurrían a la pulpería de Pancho el Zurdo, alguna vez iban al pueblo.

Prudencio cuidaba dos parejeros. En su presencia los hacía varear, les tomaba el tiempo reloj en mano. En cambio a Peregrino le tiraba el naipe. Era un buen carteador de truco.

—Usté si cuida un caballo pa jugarle su plata —decía— depende del caballo, del que lo raciona, del vareador y corredor; póngale encima el otro caballo, que tié cuatro patas como el suyo, con su dueño, su variador, su corredor, y sus lunas... El naipe lo cuido, lo vareo y lo riendeo yo mesmo. Con él pierda o gane, no tengo que pasar las noches cavilando de si se comió la cama, o que el corredor se me vendió, o que el cuidador le encajó pimienta en el maíz.

Cierta vez Prudencio firmó un compromiso de pencas. Perdió su caballo. En la pulpería, días después declaró que le habían robado la carrera.

—Farías me compró al mulato (su corredor), supe que le dio cien pesos. Por eso jué que al otro día de las pencas lo saqué corredor ajuera a quejido por arriadorazo. Pa terminar: tan desvergonzao y sin yel es Farías como él. Pero... el que lidia con zorro catingudo queda.

No faltó quien le llevara el chisme a don Farías, comunicándole la menguada opinión que de él tenía Prudencio Soria. De ahí que dos días después, y a la misma pulpería donde fue emitido el severo juicio, llegó un peón de aquél y se enfrentó a don Prudencio, que estaba de palique con dos o tres amigos, y le dijo:

—Vea don Prudencio: como no lo encontré en la estancia llegué hasta aquí pa decirle que mi patrón le manda decir que si usté es hombre, mañana él lo espera en la cruz del camino. Que usté se desdice de lo que dijo o va a volver sin lengua a su casa...

No lo dejó terminar Soria. Púsose de pie, transfigurado, gritando:

—¡Si ha de ser mañana que sea hoy mesmo!

Y sin hablar nada más, pasó por sobre los que quisieron contenerlo —entre ellos su hermano Peregrino. Montó de salto y se perdió en la nube de polvo que levantó su montado en el batir de patas sobre el camino. Llegó a casa de Farías dándole suelta a unos alaridos espeluznantes... El caso fue que volvió a su casa sobre un carro.

Si bien es cierto que, facón en mano, correteó a Farías hasta sus propias habitaciones en-

tre el chillar del mujerío, también es cierto que capataz y peones lo rodearon, desarmaron y le dieron una tunda tan perfecta que lo dejaron a un paso del hoyo.

Don Peregrino, a la vera de la cama donde se reponía su hermano, le hablaba a dos o tres compañeros que habían ido a ver al apaleado.

—Yo no sé mesmamente cómo tata le puso Prudencio a este viviente: le debió poner Imprudencio. Es tal como tercerola celosa de bien encebada: ni mal le tocan el gatillo revienta. Dende chico jue ansina y hasta hoy no se ha acobardao. Farías lo mandó desafiar pa tal día y en tal sitio; pues haber ido en tal día y a tal sitio. Si Farías le juyó en su mesma casa, rodeao de cristianos, de esperarlo en la cruz en cuanto lo viera bajar la cuchilla salía que ni burro chúcaro con diez perros tarasconiándole los garrones... y aura no teníamos que tarlo cuidando.

Prudencio soltó un bufido queriendo incorporarse, chorreando ira. Peregrino lo suavizó:

—Sosiéguese Prudencio, cuide el costillar que lo tiene como encordao de guitarra de cantor dejao. Pa su bien he dicho lo que he dicho...

Bueno. Sucedió que un domingo en la pulpería del Zurdo luego de algunos trucos de cuatro, Peregrino se desafió mano a mano con uno de sus contrarios. Barajaron, cortaron, jugaron y tantearon, cruzándose unas falta envido imponentes, unos contra flor el resto impresionantes y unos vale cuatro escalofriantes. Hubobo una duda, ambos pusiéronse de pie, intervinieron los atajadores. Dos Zacarías Fragoso, fuerte hacendado del pago (el contrario de Peregrino), optó por retirarse. Se aquietó el am-

biente. Pero tres horas después llegó el capataz de Fragoso en un galope tendido, sofrenó, se apeó y entró. Y se dirigió rectamente a don Peregrino:

—Le manda notificar don Zacarías que mañana, a esta mesma hora, lo aguaita en la cruz del camino. Y que vaya dispuesto a aguantar un vale cuatro de boca e'pistola que le va hacer volar melena, bigote y barba...

—¡Basta! — tronó Soria. Dígale a su patrón que si ha de ser mañana... mejor que sea pasao mañana, o dispués de pasao mañana. Que ando medio entomecido de una pata y yo no soy quien pa dispensar ventajas a naide, y menos a él que me lleva como cinco jemes de altor.

Todos quedaron de una pieza pues sabían, se sabía en todo el pago, que los Soria no eran flojos. El capataz quiso terciar:

—Entonces...

—¿No oyó lo que le dije —lo atajó Peregrino— quiere que se lo repita? Vea que soy bastante desmemoriao.

—Sí, señor. Le viá decir a don Zacarías que la cosa pué ser pasao mañana o dispués de pasao mañana, que usté anda medio culeco...

—¡Cueleco no, entomecido, que no es lo mesmo!

Y en ese son siguió el asunto: Fragoso, renovando el desafío, Soria estirando el plazo. Al fin aquél, envalentonado por los esquives de éste, llegó personalmente a su misma casa, con capataz y dos peones de escolta. En seguida de la batahola de los perros y revuelo del personal apareció don Peregrino, no sin antes haber contenido a su hermano que quiso salir pistola en mano.

—Güen día, don Zacarías, apéese y dentre.

—¡No he venido de visitas, canejo! He venido a decirte si tengo que montarlo de lloronas calzadas pa bien de que corcovée!

—No, señor, no va a ser falta porque ni usté nació pa jinetear cristianos ni yo soy matungo de barril. ¡Le he pedido que se apée y dentre, y trate conmigo lo que sea, que tiempo pa liquidar deudas sobre! ¡No sea mal enseñao, vea que ta en mi casa y es su mesmo dueño el que ta invitando!

Esto útimo fue expresado en tono tan ríspido, cortante y convincente que Fragoso conoció que el corazón se le encogía. Al fin, medio cosquilloso y desconfiado ingresó en la sala de la estancia. Don Peregrino hizo cebar mate por una mulatilla bastante agraciada, que en la casa servía, mandó traer buena ginebra. Entre tanto preguntaba a su retador cómo marchaba su ganado, el estado de su campo, el de las aguadas, etc. En una de esas cambió de tema:

—¿Cómo y por qué jué la cuestión del truco que jugamos? ¿Jue por que yo le vide calzar el mazo o que usté me lo vido calzar a mí? ¿Jue que corrió algún poroto de más en el tanteo?

—Vea don Peregrino: pa decirle la verdá no me acuerdo porqué se alborotó la lechiguana; sé que hablamos juerte y grueso...

—Y, dígame, don Zacarías: ¿por un asunto que aura no sabemos cómo jué y que ya no lo poderemos aclarar nunca, nos vamos a matar usté y yo en la cruz del camino? Pa eso es menester algo muy serio y fruncido, como mentarle a uno la mama o cruzarle un cachete de mano abierta, vecinos de respeto y mentas como usté y yo no puén hacer cosas de foragidos...

La cuestión finalizó en abrazos, protestas de amistad, reconocimiento de razones, fiesta.

Pasados dos o tres días impartiendo órdenes de trabajo, amargueando flanqueados por los negros cebadores, Peregrino Soria le iba diciendo a su hermano Prudencio:

—Si usté, Prudencio, hubiera en sus días seguido la mesma linia de mi vivir no andaría aura con el cuero como el de tambor de comparsa de negros. Entodavía no sé, mesmamente, como tata le puso Prudencio...

teoría sobre las sociedades

Domingo que caía sobre los campos de Sierra Chica, así quemase el sol o chicotease la luvia, era día que Isabelino Cancela ensillaba uno de sus caballos y ponía rumbo al comercio de Jesús Balbin.

El tal Isabelino Cancela había llegado joven a ese pago. Iba de paso para el Oeste, hizo noche en la estancia de don Fabricio Cedrés donde, por andar escasos de peones, le ofrecieron trabajo. Quedó, cinchó, y se aquerenció.

A dos leguas del caserío se alzaba un ranchaje sórdido. A veces algunos servidores de la haciend aaparecían por él y pasaban la noche entre naipes espesos y hembras mugrosas. Allí Isabelino hizo relación con la pulpera Juana Blasco...

Veinte años después nuestro hombre era dueño de ochocientas cuadras y unos ranchos. Siguió la soltería que no pudo cortar Juana Blasco, muerta ya. Solo un negrito lo ayudaba en el trajín de lo suyo.

—El tiempo me dá —decía— pa remediarme. Y vean que me remedeo muy superiormente...

Y así sucedía. Era un paisano grande, fuerte, retintos pelo y bigote.

Ese domingo, como todos los del año, y de los años, se apeó frente al galpón de Balbin, desensilló y entró el apero. Allí pasaría el día. Tomaría unos mates, luego unas ginebras con bitter, después comería de lo que la doña hiciera reforzando el almuerzo con dos litros de vino a cuya carga le encajaría un taco de queso y dulce, en seguida augunos trucos, más tarde café y pasteles, para terminar hinchando las maletas con el surtido de la semana. Y saldría, como siempre, con un:

—Hasta el domingo que viene, don Balbin. He pasao muy rigularmente hoy.

Estaba, pues, en una de esas ferias el hombre, apurando el último vaso antes del almuerzo, cuando entró al comercio un cristiano petizo, de ancho pecho y piernas combadas, firmes. Vestía buena ropa, el poncho de verano era de precio, las espuelas de plata.

—Güen día pa tuitos. Una ginebra, pulpero. Y mire: ¿no podré hacer mediodía? Porque treigo muy alivianadas las tripas y quiero reforzarlas con algo pesao...

—Sí señor, pué quedarse.

Minutos más tarde cinco personas hacían rueda a la mesa de la cual ascendía un vapor que

de llegar a las narices de Sancho, resucitado éste, evocaría en seguida las bodas de Camacho pues en ella descansaban dos enormes fuentes: con un guiso de arroz y charque, una; la otra ostentaba un puchero de cola capaz de curar a un tísico.

Un cuarto de hora después, ya desaparecidas las primeras mascadas y pasados los primeros tragos, desatáronse las lenguas. En una de esas el forastero dijo, dirigiéndose a nuestro hombre:

—¿Asina que usté sabe ser don Isabelino Cancela?

—Sí señor, pero sin don. Pa tenerlo me hace falta trotiar mucho, y colijo que no viá llegar...

—¿Asina que usté tiene ochocientas cuadras pobladas, vive solo, y se jerjenea sin piones?

—Sí señor. El día que los tenga me acomoda el don. Por eso le dije...

El otro lo observó profundamente, tanto, que Cancela medio se alarmó; volcó el vaso, se limpió la boca, y expresó con firmeza:

—Pues le viá ser franco, amigo: se está perdiendo el engorde.

—¿De qué engorde me habla? Mire que peso ciento doce kilos asigún la balanza de Balbín; ¿o quiere que reviente como Judas de sábado santo?

—No señor. Del engorde que le digo es del de su campo y haciendas. Lo que hoy son ochocientas cuadras puén ser mil mañana, y dos mil pasao. Y su rodeo y su majada puén estirarse en ese mesmo son. Pero pa eso no basta curar un vacuno hoy y otro a los días, o descarriar una oveja... Mire: nunca juí amigo de tirar

palabras como cobres padrino e'casamiento. Tengo cerca de mil patacones; por sobre eso, brazos que no se acalambran, y en cumplir el trabajo sólo el sol me puede empardar. Hágame contrato, amigo, y llegaremos a vivir muy perfectamente. Y si de socios, en el correr de cinco años no llegamos a ser dueños del pago, usté me corta lo que quiera o me escupe ande le guste.

Se hizo un grave silencio en seguida de las palabras del forastero. Isabelino cerró los ojos y con ellos cerrados sonrió primero, luego su boca trazó una mueca ríspida, después volvió a sonreír. Levantó los párpados y clavó los ojos en el que le ofrecía sociedad. Desniveló su vaso —que medía más de una cuarta— y habló de esta manera, y según su modo, poniendo ancho espacio entre palabra y palabra:

—Atienda bien lo que le viá decir, don. Si dispués usté quiere poner algún reparo, póngalo. Y si con ese reparo dentra a que yo no tengo más salto que ser su socio... seremos socios. Vea: en mi casa, muy lejos de aquí, éramos como cien de familia pues hasta las agüelas parían. Se vivía ajustao, sí, pero mal no. En los inviernos nos ajuntábamos tuitos, a veces, a tomar café, comer tortas fritas, y mirar llover. El mayor de la familia era Serapio Cancela, bisagüelo de los menores, viviente tan sabido y aplomao que era consulta de cuanto desnortiao hubiera asina juese rico como pobre. Hombre de pocas palabras en ocasiones se sumía en un callar de semanas. Teníamos una agüela que tuitos la llamábamos por Niña Clotilde, por la que el bisagüelo era capaz de agarrar un venao de a pie si ella se lo pidiera, aun-

que él andaba sólo en una pata pues la otra se la había llevao un plomo de tercerola sirviendo con don Frutos, no sé si lo conoció... Una tarde de esas con tortas y truenos la Niña Clotilde le pidió a su tata que contara algo de su mocedá. Y el viejo se acomodó y dijo:

—Les viá contar algo que naides sabe, a no ser yo. Y lo viá contar aquí porque si peligra la verdá será entre parientes; que si lo contara ande no lo jueran y peligrara, con sola esta pata que me ha quedao del par trillaba con tuito Güeno. A los veinte años juí montiador de menta, tanto por lo ligero del corte como lo especial que cortaba. Asino los ñandubaises se ajuntaran en escuadrón con mi hacha dejaba el monte raso de ellos. Muy bien. Una mañana taba afilando "hacha y vide que mi caballo, que a soga estaba, quería espantarse. Recorrí el abra con la vista y vide, como a veinte pasos, que un tigre me miraba como aparcero de truco pidiendo seña. Quedé tieso y quieto como estaba. Si mi hacha voltiaba un coronilla podería hacer pataliar aquel yaguareté. El bicho se sentó y yo, pa no ser menos, me senté. Volaba el mosquerío, rezongaban los mangangáses, cantaban los pájaros, los bagres chicoteaban el agua, y nosotros seguíamos mirándonos. Y en un redepente el tigre habló, ¡y si yo les digo que habló jué porque habló!

—¿Te gusta la vida que estás haciendo? Por que te he venido bombiando que de sol a sol y de mes a mes no hacés más que subir y bajar l'hacha...

—¿Y a vos te gusta la tuya? Porque pa carniar algún ternero flaco más de los días lo pa-

sás olfatiando. Vivís corretiao, no estás muy gordo...

—Por eso mesmo quería hablarte. Te convido pa hacer sociedá. Vos tenés tu cencia y yo la mía. De par poderíamos pasar por lo muy alto.

Y ensartó un rosario de razones que... Güeno, juimos socios. Al prencipio tuito marchó bien, vivimos muy orondamente... Cuando aparecía algún cristiano, mi socio, con sólo soltar uno de sus alaridos ponía al intruso con tres leguas de por medio. Eramos dueños del pago, se pué decir. Pero un día nos llegó la mala. Nos empezamos a mirar de reojo, y cargarnos la culpa de la desgracia uno al otro. Nos cayó el hambre... y, pa cortar la relación, una noche que por suerte yo me había enlunao, lo vide venir que parecía en el aire, derecho ande yo estaba estirao. Le malicie la intención, y cuando pegó el salto me hice un ovillo y lo ensarté en el caronero.

El bisagüelo largó tres humadas de su chaludo, tosió un poco, y terminó:

—Hasta aura, Niña Clotide, mis hijos, mis nietos, y mis bisnietos, no hemos tenido sociedá en los ranchos. Pobres hemos vivido, a veces lambiéndonos las mataduras, pero contentos. Sólo los rabones de deligencia he conocido por güenos socios: sudan juntos, tiemblan o se achicharran juntos, y cuando los sueltan comen juntos. El cristiano es un bicho que se desnortea mucho con la plata y los bienes. Aunque sepa que la mitá es de su socio él se la crée en propiedá. Asina es que...

Isabelino calló un minuto. Bebió un trago del carlón aquél que Balbin vendía, en ese

tiempo puro y ardiente, y siguió dirigiéndose rectamente al forastero.

—Mire amigo: llegamos aser socios, nos vá, como usté dice, muy perfetamente, estiramos campo y hacienda... Pero si por una de esas gambetas de la suerte se nos tuerce el negocio, a lo pior un día usté pega el salto, o lo pego yo. No sé lo qué hará usté si yo hago de tigre; pero créame: si es usté, yo lo ensarto muy perfectamente, como usté dice. Per eso le digo...

El forastero pagó el gasto y enderezó a la puerta. Antes de pasarla Isabelino le gritó:

—¿Ya se va, amigo? ¿No quiere jugar un truco pa bajar la comida?

—¿Y quién me acompaña?

—Yo, pues.

—Mire don: con usté de compañero... Güenas tardes!

penca brava

Indudablemente Florentino Abascal era hombre despejado. En el trato diario, en fiestas de pencas o yerras, en alguna rueda de truco o monte sus expresiones, modos o tácticas le habían dado una aureola que muchos envidiaban.

—De haber nacido zorro —decía cierta vez un paisano— era el jefe de ellos.

Amargueando estaba una tarde en la puerta de su casa cuando vio acercarse al comisario Cobián. Cambiaron saludos, la autoridad sentóse a su lado. Siguieron la rueda del mate. En una de esas el comisario dijo:

—Le ando pasando mano a un asunto de fruncido pa arriba. Por aura tuito se ha ido en tanteo...

—¿Se pué saber el asunto?

—Vea don Florentino: se pués saber. Anda un bicho por el pago que cada tanto carnea y cada tanto cerdea, tuito por cuenta propia. Hoy por una estancia, mañana por otra el abigeo lo va repartiendo muy superiormente.

—Dígame, comisario: ¿no ha encontrao ningún rastro?

—Si señor: hay un pardo en el rancherío de Los Muertos, Celedonio Cancela, llamao por mal nombre Pirú... Le hemos andao pisando los talones, pero siempre se nos ha hecho humo.

—Lo conozco.

El hacendado quedó un momento pensativo. Luego habló:

—Hágale decir que venga a mi casa. Usté se queda unos días y en cuanto el hombre aparezca, del otro lao de la puerta usté le toma los puntos. Si los delitos son de él lo hago caír o me borro el apelativo...

Tres días después a media mañana compareció Cancela. Muy humildemente pidió licencia para apearse. Abascal lo hizo pasar a la sala. Quedaron solos.

—Amigo Celedonio —comenzó el hacendado— te he mandao llamar y te diré el porqué: tengo que hacer una tropa grande pal centro y ncesito hombres pal arreo. Y como te conozco

campero me acordé de vos. Te pido que me veas cuatro o cinco pa lo mesmo. Son como dos mil reses, calculale. ¿Amargueás?

Sin esperar respuesta llamó a la sirvienta y le ordenó trajera caldera y mate.

—Y el botellón con la brasilera que ta en el aparador.

En tanto comenzaban a darle a la bombilla y vaso Abascal fue comunicándole a Celedonio el rumbo de la tropa, la situación de la estancia donde sería entregada, el monto del negocio etc.

—Va a ser un trabajo largo, amigo Celedonio, va mucho chúcaro...

Y de esa forma, menudeando datos y tragos, puso a punto al pardo. En una le dijo:

—Y a ver si entre los que va a conchabar no se mete uno que anda por áhi negociando muy sosegadamente reses y cerdas...

—¿Cómo, como?

—Hace pocos días me cayó el comesario Cobián a quejarse del trabajo que le andaba dando un viviente... ¡Muy delicao se ha puesto! ¿Por qué no deja que cada cual se lamba como pueda? ¿ Que merma le va a hacer a nengún estanciero un capón o una vaca, o cuatro yeguas cerdiadas? En más de un rodeo he visto reses ajenas, y capones ajenos en más de una majada. Ni un dedo he movido pa apartarlos. Algo mío andará por otros potreros y hasta aura naides se ha dao cuenta...

Y de esa forma, echándose el fardo encima —como quien dice— y repicando copas afrontó al otro, tanto que en una de esas gritó:

—¡Y es mesmamente ansina, don Florentino! ¡Quien lo ve al tal comesario tan delicao! ¿Por

qué diantres no se mira la cola que la tiene como un lagarto? ¿Por qué no le copa uno de los surtidos a Nieves? Porque a Nieves, mientras va y viene cruzando la linia, le usa rancho y china muy orondamente. Y... vea don Florentino, pa cortar: ¡Yo soy el que carnea y cerdea...

Abrióse de golpe una puerta y por ella pasó, destellando ojos, el comesario Cobián.

—¡Date preso, pardo perdulario!

Pero no había contado que Celedonio, a quien el hablar criollo había bautizado de Pirú por el aire azonzado que lucía, con la confianza y el beberaje otorgados por el hacendado Abascal, había despertado su otra personalidad, que en ese momento estalló galvanizada.

Botó el pardo, pues, y se plantó en un rincón haciendo fortaleza con dos sillas. Y dándose cuenta de la felonía tramada entre Abascal y Cobián, alzó su voz vibrando de ira:

—¿Preso? Si, viá dir preso, pero no llevao por vos, sotreta. Al pueblo viá llegar ande me presentaré al jefe al que le diré quien sos vos: de la coimiadas en timbas de monte y taba, de la sociedá que tenés con Nieves en cama y cargueros, del penche y mesa limpia que le hiciste a aquel turco mercachifle... Y también viá denunciar —aquí los ojos rutilantes seclavaron en el hacendado— a don Florentino Abascal: de la paliza que le dió a la negra Cirila Alcoba, que la dejó tullida de por vida, porque no quiso arreglarle una de las hijas; y el arreo que le hizo a don Juan Borche, que lo dejó como pa pedir limosna; y...

—¡Basta! —tronó el estanciero, puesto de pie bruscamente.

Un silencio profundo imponente cayó sobre los tres. Los ojos de Abascal iban de Cobián a Cancela y de Cancela a Cobián. También estos, estatuados, se observaban mutuamente. Y én tanto pasaba el tiempo y el silencio, cada vez más espeso —pues los hay así— gravitaba sobre ellos, aquellos tres seres estuvieron calibrando sus respectivos delitos. Y Florentino Abascal y el comisario Cobián llegaron a la conclusión que ellos habían corrido bien; pero el pardo Celedonio Cancela les había ganado por una cabeza. El hacendado habló sentándose muy suavemente en la silla:

—Siéntese, comesario, sentate Celedonio. Vamos a seguir la ronda de mate y caña.

Y dando un grito desaforado:

—¡A ver, Marica, trái el otro botellón de brasilera!

el trío silverio espinosa

Algún domingo que otro el paisano Silverio Espinosa llegaba al comercio de Canuto Fragoso. El paisano Espinosa era alto y magro. Sus bigotes de media luna y su pera tendida le daban mucha semejanza con don Alonso Quijano. Pausado su hablar, sonoro su acento, ceremonioso su modo. Por lo general era parco en palabras; pero cuando le daba por soltar al ai-

re algunas, salían bajo la tutela de amplios y elocuentes ademanes. Tal ocasión, singularísima, que llegó a exaltarse, de pie parecía más que hombre un molino de dos aspas en pleno vuelo. Para terminar este breve perfil del paisano Espinosa diremos que bebía nada más que una copa por domingo, el domingo que hacía acto de presencia en la pulpería de Canuto Fragoso.

Ese feriado de fin de diciembre, sobre las nueve de la mañana, el despacho de bebidas del citado comercio estaba colmado. Allí llegó Silverio Espinosa, al trote de un overo negro. Maneó contra el palenque y entró parsimoniosamente. Con vóz grave dijo:

—Güen día al barrer. A ver, Canuto, una giniebra.

Cuatro o cinco clientes que lo conocían de vista le hicieron sitio junto a ellos, en torno a una mesa. El bullicio era grande. La fuerza vital del sol que hacía temblar el aire llegaba hasta los retrucos, que sonaban como tiros, y hasta las risotadas, que estallaban igual que un disparar de caballada.

Canuto iba y venía, recorría todos los recovecos de su negocio chorreando poros afuera el agua que iba sorbiendo de un porongo gigantesco que con exacta regularidad entregaba a un negrito que tras de él marchaba caldera en mano, y de él lo recogía, espumando la boca al ser cebado con alta solvencia.

Parece que la marcha cumplida entre la estancia, donde Silverio trabajaba de guasquero, y la pulpería donde había llegado, marcha baun cielo recalentado como fragua y sobre un camino calcinado, subió en dos o tres puntos

la sed con que el hombre arribaba siempre. De ahí que rebasó el vaso de rutina y pidió otro, explicando:

—¡Calor y venga a ver!

Pero el segundo vaso fue un acicate, una espuela llorona que picó su garguero. La cuestión es que a medio día el paisano Espinosa había pasado, y muy lejos, su nivel habitual de líquido inflamable. Tuvo que comer del guiso criollo que la doña de Canuto había hecho, y con él los compañeros de mesa, que también hbían llegado al tiemple del diablo. Luego se embutió medio kilo de queso y tres cuartos de un dulce de membrillo negro y espeso que, más que de membrillo, parecía compota de hígado...

De pronto surgió entre la tejida conversación:

—Dígame, don Silverio, y disculpe: ¿cuántos años tiene?

—No tengo nada que disculpar, amigo. Hasta aura he sabido vivir sesenta y tres veranos.

—¡Pero amigo... si ta apotrillao!

—Y... entodavía corto un tiento más delgao y más parejo que una cerda. Hasta aura no me ha fallao la vista, ni el diente ni... güeno: mis ejes han llorao por allí y cantao por acá; pero siguen firmes, la carreta pué andar entodavía unas cuantas leguas...

—¡Ah, don Espinosa! ¿No me negociaría la receta?

—¿La receta? Vea amigo; si para la oreja se la pué clavar bien en el arca'el mate. Y pué dirse con ella y usarla como guste sin desembuchar ni un cobre.

Y el hombre encendió un chaludo, acabado de liar, que ardió como un trasfoguero, acomodó el pecho, y comenzó:

—Yo jui parido y criao en un pago pa acá de la Florida, ande había mucho viviente güeno pero que taba por muy abajo del malevaje. En ese entrevero me jui estirando: bien por acá, rigular por allí, y pior por allá. Jui golpiao como cuero pa tambor pero salí bien sobao, 'créamelo amigo. Perfetamente. Andaba sobre los diez y seis años cuando tuve una pechada muy fiera. Dispués de unas yerras hubo festejo y en ese festejo nos dudamos con otro. Me destrataron, pelé una daga que siempre cargaba, y cuando juí a comenzar el viaje hasta el buche del otro, alguien me gritó de adentro; de adentro mío, uno que yo ni soñaba que me taba acompañando.

—¡No, Silverio, no te tirés que te perdés de por vida! Doblé el codo y reculé un paso.

Los atajadores nos apartaron. Esa noche me dí en cavilar sobre aquel grito y aquel consejo. No pasó mucho tiempo cuando en unas domas pedí la bolada. Estaban orejiando un potro crudo, más malo que macaco celoso. Yo había chupao bastante de un guampa que con caña cargaba un negro. Miré al pangaré aquel como si juera borrego guacho. Y cuando me taba acomodando el chiripá pa dar el salto aquel mesmo que me gritó en las yerras, y con le mesmo tono, me golvió a alvertir allí: —¡No montés Silverio, que con el adobe que te baila al primer empine de ese bruto vas a dir al mesmo alto del Cerro Quebrao! Compañero, se me aflojaron los resortes. Y jué en la noche de ese día que conocí que eran dos los Silverios que

iban haciendo el mesmo camino conmigo. Uno, capaz de sacudirse con Mandinga: atrevido, encalabrinao y hasta disnortiao, y más dispuesto pa una fruncida que trabuco de matarife; el otro, superior en prudencia a un flaire, y en tranquilidá a un güey jubilao. Perfetamente. De estas me sucedieron algunas en las que siempre, al filo de perder hasta los botones del tirador, me salvé con el cuero y las mentas sanos. Pero jué en el pago de los Morales, hará treinta años de esto, ande resolví quebrar del tuito con el Espinosa de los consejos y de las alvertencias. (Silverio alzó la voz:) —¡A vei Canuto, trái más carlón pa la rueda; yo al menos toy con el tragadero como arena de tembladeral! (Y siguió:) Como les dije, allá por el pago de los Morales empecé a cambiar suspiros con una china que tenía los ojos como ñacurutú macho. En los bailes la cosa corría con sosiego hasta que ella dentraba. Dentrar ella y enarbolarse el gauchaje era tuito uno. Comenzaban a mirarse de reojo y a gruñir como perro en cadena. Pa cortar: en un festejo le llevé la carga. Me retrucó, haciéndose la taita; pero le solté un valecuatro a boca de jarro que me entregó guardia y campamento. Jué el Espinosa bellaco el que le echó el valecuatro. Y jué el mesmo el que siguió la tanguitanga. La rodié y la convencí que nos teníamos que acoyarar militarmente.

Dentrar en la coyunda legal no taba en mis cálculos. Yo era un potro de sierra que no quería cáir en rabón de deligencia. Aquella china sería como otras que las comí como güevo quimbo, me limpié la jeta y... adiosito. Y aquí jué donde dentró a apuntar el otro Es-

pinosa. Tuitas las noches me salía con la mesma letanía: —Silverio, no seas desalmao, Silverio asentá los sesos, Silverio vas a llegar a carcamán y nadie te lavará los mulambos ni te cuidará si cáis enfermo. La china es güena, Silverio, guapa, juerte y hacendosa. En una de esas la soltás con cría y será pa tu malidición; y que por aquí y que por allá. Perfectamente. Me casé con juez y cura. Al mes nomás la doña empezó a sacar la garra pa juera. Parecía gata mansa y terminó por abrir la zarpa a lo yaguareté. No había salido el sol cuando rompía la diana.

Yo al prencipio dentré a aflojar. Cinchaba que ni turco con cajón al hombro. Una noche que cái medio floriao me sacudió un soterazo que cuasi me desnuca. Pa pior vino a vivir en el rancho su mama y entonces la cosa jué como vivir metido en un horno. Yo trajinaba, sudaba, comía mal y dormía pior. Hasta que una vez, dispués de un medio día, ensillé caballo y gané la pulpería de Marcelino el zurdo. Iba campo ajuera y ya el resuello lo sentía liviano. Jugué como cien trucos, a caña por truco. Salté y retocé... y era la media noche cuando retumbó la puerta. Abrió Marcelino y aparecieron mujer y suegra. Entonces Espinosa bellaco se sulevó del tuito. Descolgó un arriador que por allí estaba y empezó un son de serenata muy superior. En el borbollón sentía a veces, medio cortaos, los gritos del Espinosa flaire. Pero era como tirar pólvora a las brasas. A cada consejo el son del arriador se hacía de uno cien. Las dos mujeres también gritaban y por último gritábamos tuitos. ¡Jue una diversión si emparde! De madrugada ensillé ca-

ballo y sin decir esta boca es mía enderecé pa este pago, ande llegué hará rteinta años, y hace treinta años vivo muy orondo y muy lirondo. A caballo venía al tranco manso. Dos o tres veces me quiso llamar al órden el flaire; pero el otro Espinosa le cortó el pasmo muy superiormente. —Cierre la jareta y oiga: no se meta más en el trajín de mi vida, guárdese sus consejos ande más le convenga y déjeme solo por las güenas si no quire dejarme por las malas. Pero era como burro mal domao. Siguió la mesma tonada hasta que, cuando llegamos a la Picada de Mansilla, me tiré de golpe en el arenal del playo y me encañoné en la sien una Lafourché de doble boca, que era como pa matar mulas. Y hablé: —¡Callate de una vez por tuitas o aquí mesmo volás aunque tenga que acompañarte el otro!

Desde ese día el flaire se hizo penche y mesa limpia. Solteriando y con el otro Espinosa que me quedó, he vivido como he vivido. Tengo sesenta y tres , como dije, y entodavía corto un tiento más fino y más parejo que una cerda. Ansina es que... ¡A ver, Canuto...

el fuego purificador

Cae la noche cuando al coronar un cerro la mujer y el hombre ven las poblaciones de una estancia: un rancho largo, dos pequeños, gal-

pones, etc. Ya se van asomando al campo por las aberturas de la cocina las luces de los candiles. Sobre la misma entrada de un galpón amargueaban hasta veinte hombres. El mozo dijo:

—Pediremos pa hacer noche.

Se arrimaron, los rodeó una jauría erizada y y estridente, púsose de pie uno de la rueda.

—¿Qué se les ofrece?

—Le pedimos pa hacer noche, don.

Dos negras iban y venían arreglando la mesa. En una piecita contigua tomaba mate el dueño de la hacienda. A sus pies tenía un porrón de ginebra y un jarro. Sus bigotes negros, caídos, resaltaban sobre la tez enrojecida. Sus ojos buscaban a veces los de la mujer recién llegada con una mirada turbia de deseo. Todo él exhalaba barbarie. Ella era joven, fresca, de airosas formas. También era joven su compañero. Decía esto:

—Sí, señor; nos casamos hace dos días. Yo vivo en el Norte, cerca de la línea. Allí la llevo...

El otro se levantó y salió. Diez minutos después aparecieron súbitamente tres hombres. Cayeron sobre el forastero, lo reataron, y lo sacaron. La mujer se lanzó tras ellos emitiendo terribles gritos de angustia. El amo entró y la sujetó.

A medianoche, cortando campo por lo áspero de la sierra, pasó la cuadrilla de Migues, unos veinte cargueros y dos carros. Migues, que punteaba sintió clavarse su caballo. Picó espuelas pero el montado se le empinó. Entonces se apeó y avanzó tanteando la senda. Cuan-

do estuvo a dos metros del cuerpo adivinó más que lo vio. Se arrimaron los compañeros.

—Este hombre ta vivo... pero como pa que lo despenen...

Chupando el cigarro le observó el rostro. Luego lo cargaron en un carro. El sol se anunciaba cuando pararon frente al rancho de los negros Hermida. Allí dejaron al que habían recogido.

Él amo, pues, se interpuso entre la puerta y la mujer que clamaba y quería salir en pos de su hombre. Ella lo atropelló, clavó las uñas en su rostro. El por un momento pudo inmovilizarla. Pero la joven, desesperadamente, botaba y mordía. Hasta que la pudo amarrar, ayudado por las negras. La tendió en un catre. Luego fue al comedor se sentó. Tenía surcos sangrientos en la cara, y en los brazos las señales enrojecidas de las mordeduras. Y a medida que iba comiendo la pulpa goteante de jugos, y bebiendo de una botella con vino casi negro, su carne y su alma llameaban, pues el contacto con las formas de ella en la lucha había encendido la chispa satánica. Y fue tambaleando donde ella estaba de boca espumante y ojos desorbitados. La miró un instante.

—¡Yo te viá dar, entigrecida! —le dijo.

Desgarró sus ropas y entre voces terribles realizó la más inhumana y vil de las posesiones: la de una mujer invalidada que se resiste, llora y escupe.

Este hombre al morir su padre, qudó solo. Su padre había atormentado a su mujer hasta matarla. Y también al hijo, él, que milagrosamente sobrevivió a los brutales castigos, de los que a veces quedó casi privado de razón. Cuando

sintió que el carro partía, que su padre se había ido de allí para siempre, se dejó caer en un sillón y entró en un estado de inconciencia. Su mano subía y bajaba con un jarro que iba vaciando y llenando. Era dueño de una hacienda inmensa y sin embargo se sentía perdido en medio de una negra desolación. Tenía treinta años y en ellos no había hecho nada más que vagar a caballo, en contados días, durante horas por el campo, beber hasta perder el sentido, y darle a su carne el áspero bien de saciar fugazmente un deseo con la más mísera de las peonas... Era casi una bestia.

La mujer quedó sin conocimiento durante mucho tiempo, tendida en el catre. El día siguiente oyó una voz y se sintió sacudida. Abrió los ojos. La negra vieja estaba a su lado. La había desatado.

—Moza, tenés que comer algo. Lenvantate, lavate.

—¿Quién es usté?

—La casera.

—¿Por qué me dice eso?

—Pa hacerte un servicio.

—Si quiere hacerme un servicio alcánceme algo como pa matarme.

En tonces la negra arrimó su cara a la de ella.

—No, —le dijo— tu hombre ta vivo. Migues lo dejó herido en lo de los Hermida, uno de ellos me pasó la novedá hoy sacándole el cuerpo al patrón... Los Hermida son de mi parentela...

La moza cerró los ojos, su pecho se alzó, sus manos, que estaban crispadas, se aflojaron.

El hombre se levantó temprano. Mandó ensillar y salió solo, al campo. Había amanecido deshecho, más de alma que de cuerpo. Le machacaba el cerebro la visión, el roce, la tempestad, el asco, el repudio, el dolor de toda ella cuando el la sometió a su desatado deseo. Luego en su cuarto había bebido hasta que entró en un extraño delirio. Dejó caer las riendas y el caballo avanzó sin rumbo, al paso... Este hombre que el dramático y menguado clima de su hogar hicieron sombrío, y la ausencia de afecto, insensible, sintió que un sentimiento desconocido comenzaba a torturarlo. Aquella noche oyó los gritos de su madre y sus sollozos cuando la torturaba su padre; y eran iguales a los que habían salido de la boca de aquella moza. Su caballo se detuvo frente a porteras que le parecían desconocidas, y al fin,, el mismo caballo, que conoció la rienda libre, volvió al paso a la casa. Y él sintió frente a ella como recién llegado, como un forastero que viniera de muy lejos cumpliendo un viaje sin término... Se tiró al suelo, fue a su cama, y cayó en un sueño atormentado. Se levantó cuando atardecía. Por la ventana, que entreabrió, vio a la mujer de pie bajo el ombú que tutelaba los ranchos, con la mirada tendida en el camino. Era blanca, moza; una profunda tristeza imperaba en toda ella...

Y empezó una vida singular allí. No salió más al campo. Se apresó entre las cuatro paredes de su pieza. Allí tomaba mate, comía y dormía. Sólo la casera vieja trasponía la puerta. Y todas las tardes y a través del postigo apenas abierto, la miraba bajo el ombú, de pie, con los ojos en el camino. La noche caía del to-

do, las voces del campo se hacían quejas, ya melancólicas, ya siniestras, los ruidos eran otros. Entonces él salía y se sentaba frente a la inmensidad.

Hasta que la negra vieja le dijo:

—La moza quiere dirse.

—¿A dónde va a dir?

—A lo de los Hermida.

—¿Los Hermida? ¿Qué va a hacer en el rancho de aquellos negros?

—Allá está su hombre.

—¡Su hombre!

—Sí, el que usté mandó matar. Lo baliaron, pero no lo mataron... Jué recogido por Migues...

Se reconcentró un instante. Después habló:

—Que venga Eulogio.

Tres horas tardó Eulogio en ir y volver.

—El hombre manda decir que en cuanto pueda montar a caballo viene. Y que de aquí usté, o él, va salir con las patas pa delante, que uno de los dos está demás sobre el plan del campo.

Fue dos días después. La moza estaba como siempre bajo el ombú. Era un domingo. El hombre, por la ventana, vio cuando se apeó vacilante el capataz Rivero. Era un pelirrojo siniestro que fuera privado de su padre. Se acercó a la mujer y empezó a hablarle... hasta que se echó sobre ella con movimiento de tigre. En desmesurados botes estuvo junto a ellos. La moza gritaba.

—¡Largá esa mujer!

—¿La quiere pa usté solo, patrón?

—¡Sacá el cuchillo, no te quiero degollar como a oveja!

—Yo no puedo pelearlo...

No habló más. Cayó en el corazón partido. La moza quedó trémula ante el cuadro terrible. El murmuró:

—Eso es lo que debe hacer conmigo su compañero...

Pasaron dos semanas. A media mañana ladraron los perros. El hombre asomó. Con un caballo de tiro, montado en un moro gordo venía el mozo. Cuando se apeó la mujer estaba ya a su lado. Se abrazaron estrechamente, largo rato...

El estanciero ordenó a la casera:

—Dina: al hombre que aquí lo espero.

Estaba bajo el ombú.

Lentamente se arrimó el otro. Y se detuvo a dos pasos de él. Los dos se miraron con mirada fija y limpia. El hacendado habló:

—Con menos de la mitá de lo que yo le hice a su mujer y a usté, a mí me daba pa degollar de oreja a oreja al que juera. Hágalo conmigo, pues, que lo merezco.

Hubo un momento de larga contemplación entre ambos. El mozo habló luego:

—¿Qué viá ganar con eso? ¿Qué me viá sacar de encima? Con lo que ha dicho y hecho alcanza. Vamos, María.

Al otro día, temprano, se cargaron las dos carretas de la estancia. Las sirvientas en ellas, los peones de a caballo. El patrón dijo:

—Paramos en el alto de los molles. Allí haremos otra casa, y tal vez otra vida.

Y punteó el camino. Los carreros gritaron. Todas las poblaciones de la estancia levantaron sus llamaradas. Quinchas, puertas, y ventanas estallaban.

Cuando dos horas después se detuvieron en el alto de los molles vieron, allá lejos, una nube de humo, enorme culebra negrísima que ascendía retorciéndose sobre el azul purísimo del cielo... allá lejos...

el rumbo que encontró alvariza

El alboroto era mayúsculo. Tablones, caballetes y cajones improvisaron mesas que el mujerío iba cubriendo con manteles. En la cocina humeaban ollas y en los galpones crepitaba el braserío de los fogones dorando costillares tapados de jugosas carnes. La negra Sica manejaba la masa para los áureos pasteles y la parda Ciriaca rompía huevos para las tiernas natillas...

De pronto alguien gritó: —¡Ahí viene el padre cura!

Ese día se bautizaban diez niños: hijos de servidores de la estancia, y la del propio patrón.

Ginebra, bitter, ron y otras pólvoras hicieron el prólogo, luego el vino encorpado y rojo, y al fin coñac para los hombres y licor para las mujeres. Hasta los perros se embriagaron ese día.

Sobre el atardecer, cuando se estaba en el chocolate antes del baile, llegó allí un jinete solitario, guitarra a media espalda. Fue auto-

rizado a apearse, se le convidó generosamente. Luego el hombre —era joven y vestía pulcramente a lo gaucho— sentóse en un banco chato y recostó la vihuela junta a su pecho. Pasó dos o tres veces su diestra sobre el cordaje, templó suavemente, los acordes se hicieron armoniosos. Vibrando estaban las seis cuerdas cuando el forastero las silenció aplastando una mano sobre ellas. Levantó la cabeza que la había humillado sobre la guitarra— y habló con voz sonora:

—Viá dedicar una tonada pa la niña de la estancia; después va dir otra pal resto de los bautizados. Y dispués, si es del gusto de todos, seguiré el rosario...

El bullicio se fue apagando poco a poco, cayó hondo el sielncio. Y la voz del hombre, amparada por un punteo bizarro, fue milagrosa abeja zumbando sobre todos los corazones.

Cirilo Alvariza, domador de la estancia, también la sintió en el suyo a pesar de lo inconmensurablemente bruto que era. Las gentes decían de él que los potros se le rendían incondicionalmente porque era más fiero que ellos.
—De bagual a bagual prefiero cualisquiera de los reservaos de la sierra pa lidiar— decía el negro Mozambique, tropero de la hacienda.

Los ojos de Cirilo, en tanto el hombre cantaba, iban de él a Rosaura, hija del puestero Juan Mansilla. Era su elegida; eso no lo sabía nadie más que él. Hacía mucho la codiciaba a la distancia, codicia de zorro pegado a un gallinero guardado con red de acero. La vio esa tarde suspendida de la voz del cantor, embelesada. Su arrobamiento era tan patente que estuvo a punto de enderezar al forastero y con

el boyón del talero —que del cabo de su facón colgaba— terminar con el encanto aquel que estaba embrujando a Rosaura...

A media noche se le arrimó al cantor. Le pidió lo atendiera, salieron al campo.

—Vea, don —comenzó Cirilo buscando palabras como quien aparta en un rodeo— ¿cuánto me cobra por enseñarme a rascar el estrumento y a cantar?

El otro lo miró atenta y largamente. Después habló:

—Mire, amigo: la guitarra no se rasca, se acaricia. Es como mujer: cuanto más suficiente es el cariño mejor se nos entrega.

—Pué ser...

—Y otra cosa: no es sólo cuestión de querer; los dedos entran en el lote. ¿A ver los suyos? Parecen tacuaras, más pa picana que pa encordaos. ¿Y el entone? Lo he oído. Así pegue el grito tapa el son; y ande el grito llegue a dentrar por la boca del estumento revienta como mortero en sábado santo... No amigo, deje ese rumbo y busque otro que el cristiano, si sabe rastriar, tiene miles...

Poco después al cantor se le fue la lengua en la reunión y de ahí a poco Cirilo andaba de boca en boca como macaco de palo en palo. Al fin, abrumado por la burla ganó el galpón y mano a mano con un gigantesco porongo comenzó un interminable amargo, pero no tanto como su tribulación. Tenía un frasco a su lado, de dos litros, conteniendo un líquido ambarino que el día anterior había cruzado la frontera. A veces le llegaban impulsos de irrumpir en la fiesta facón en diestra y talero en siniestra

y armar una que no caballada empavorecida. Pero lograba contenerse:

—Sosegate Cirilo, vamos a buscar otro rumbo, como dijo el hombre...

De pronto ocurrió el drama. Una trifulca estalló en cierto grupo de borrachines, cayeron dos lámparas, desparramándose el querosene, las llamas mordieron un cortinado... ¡El incendio! Y el fuego fue el bastonero que mandó esta otra danza. Las mujeres chillaban, los hombres vociferaban, y todos huyeron al campo en tanto el caserón se iba iluminando fantásticamente.

Súbitamente sobre el horrendo concierto sonó la voz aguda, trémula de angustia. La esposa del estanciero clamando:

—¡Mi hija, mi hija!

La niña dormía en su cuarto, había quedado aislada.

El espectáculo empavorecía. Cuatro o cinco se acercaron pero tuvieron que retroceder ante el infierno.

Cirilo había salido del galpón cuando comenzó el vocerío. Oyó los alaridos de la gente y luego el grito de espanto de la patrona. Y sin saber cómo ni cómo no botó por ascuas y llamas, saltó sobre la niña que de pie en su cama lanzaba enloquecidas voces, la envolvió en una frazada y con ella apareció entre el gentío hecho una pavesa.

Treinta años después, un domingo de enero Cirilo Alvariza ensillaba muy prolijamente uno de sus pingos, junto a su rancho, un rancho

largo, de firme quincha que lo cobijaba a él, a Rosaura y a sus nueve hijos. Era día de ir a la pulpería del portugués Falcón. Y allí fue, y allí estaba en lo mejor de la ronda de relucientes vasos cuando entró al despacho un hombre maduro, dando señales de haber hecho largo camino. Miráronse Cirilo y el recién llegado, y de ambos partieron dos gritos:

—¡Aparcero Alcoba!

—¡Hermano Cirilo!

Un tendido espacio de tiempo pasó en tanto los dos se apretaban en estrecho abrazo.

¡Cuasi treinta años han pasao, hermano!

—¡Sobre más o menos, hermano!

Sentáronse, engrosóse la rueda, la brasilera que en un barril panzudo guardaba Falcón siguió corriendo.

—Güeno, hermano Cirilo —dijo en una de esas Alcoba— ¿qué ha sido de tu vivir?

—¡Y... hermano, la taba me ha mostrao más veces el lao de la suerte que el otro. Ma ayunté con Rosaura...

—¡Con Rosaura! ¿Sin venceduras ni yuyos santos?

—No. Me dio, pa arreglar la coyera, por ver un guitarrero y cantor que me enseñara la cencia. El hombre me vido los dedos, me sintió el tono y me dijo que buscara otro rumbo que mil había pa güen rastriador. No precisé buscar mucho pues esa mesma noche se prendió juego la estancia, la gente clavó pezuña ajuera, y yo tuve que meterme braserío alante pa bien de salvar la hija del patrón que, por más que había sido bautismada ese día, de no ser yo no la salvaba ni el mesmo Dios con doscientos flaires de escolta. Salí chamuscao, entodavía el

cuero del lomo lo tengo como bajera de recao de infante, y las patas, de rodilla pa arriba, como trafogueros de ñandubay pues el chiripá se me hizo yesca. Pero hermano... ¡vamos a volcar, el vaso, has de tener el garguero reseco!

En seguida Cirilo continuó:

—El patrón hizo casa nueva, y a mi me dio carta blanca y algunas libras amarillas. Con aquello de la quemazón mis mentas anduvieron casi empardadas con las de Martín Fierro; y Rosaura, con la custión de la carta, de las libras y las mentas, se vino sola. No levanté talero ni nazarenas tuve que calzar pa arrocinarla. Me ha dao nueve de cría... Mirá, hermanito: solo uno de los tales me ha salido más redondo y duro que piedra de boliadora. Pero a ese es al que le tengo fe... por que ha salido con mi mesma estampa, mis mesmas manos y mi mesmo tono, bienes que sindudamente no servirán pa ser güen guitarrero y superior cantor, pero que alcanzan pa entreverarse con llamaradas y brasas... y tal vez con cosas más fieras...

cuestión en la sierra

La vaca Tres Bastos... Este nombre se lo colgó el negro Canuto, peón de la estancia de don Manuel Moreira. En un rodeo, vaquillona aún quebróse una pata que al fin se le enco-

gió y quedó al aire. Canuto, de recorrida con otro compañero, de lejos la vio. Exclamó: Mirá, Ulogio, parece mesmamente asentada sobre el tres de bastos...

Como dijimos, la vaca Tres de Bastos estaba inmóvil, humillada su testa, allá en el potrero de la sierra, cerca de unas piedras enormes coronadas de tunas y arbustos de espinosa ramazón. Era media tarde pero el sol aún escocía.

En lentos pasos se le fue arrimando la yegua Vaporosa, vieja casi maceta. A tres pasos de aquélla se detuvo. Y refunfuñó:

—Güenas tardes.

—Güenas tardes.

Silencio. Al rato:

—¿Qué cavila, Ña Tres de Bastos, se pués saber?

La vaca dilató la respuesta.

—Vea, Ña Vaporosa: taba rumiando, y no pasto, mi resgracia estaba rumiando.

—¿Su disgracia?

—Pues sí, la mía. Usté sabe muy bien que con tres patas na más he parido tres hijos, que el toro, pal caso, no se fija en pata más o menos; y con tres, o una que juera, me parece que puedo dentrar correspondientemente en cualquier enamorisqueo. Y estos tres hijos por mi ubre vivieron y al lao mío retozaron...

Doña Tres de Bastos cortó sus palabras. Grandes lágrimas empezaron a correrle ojos abajo. La yegua habló.

—Güeno, güeno, ¿qué va a remediar aura?

Luego de su dolor la vaca siguió hablando:

—Ayer usté vido la trifulca que armaron los hombres, como siempre la arman. Ellos y los perros —esa resaca de los bichos— arrearon

con tuito dispués de un rodeo grande. El hijo que me quedaba, novillo que era mi lujo y mi consuelo, se jué... ¡se jué pa siempre. Ña Vaporosa!

Doña Vaporosa, que había sido yegua de mentas, de esa época gloriosa aún conservaba cierta vanidad y suficiencia. Dijo:

—Mire, Ña Tres de Bastos: todo es cuestión de nacencia. Usté nació vaca y como vaca tiene que aguantar su destino. ¿O qué quiere? ¿Que toda la novillada y todo el vaquillonaje lleguen a toros, unos, y a lecheras otras? ¿Dónde íbamos a parar?

La vaca levantó la cabeza y clavó sus ojos en los de la yegua. Y le respondió, conteniendo la cólera que le vibraba en el mirar:

—Vea, Ña Vaporosa: yo nací vaca; pero porque nací vaca usté no es quien pa salir con lo que ha salido. Y es por eso que le via decir aura que usté nació yegua y la diferencia que hay entre yo y usté ya sabe ande me la refriego. Ya sé que usté jué animal de correr en trillos, que tuvo bien atendida, que comió maíz y tomó agua en balde; pero cuando se le acabó la virtú que en las patas tenía tuvo que despedirse de galpón, máiz y agua en balde. Y aura se tapa con el cielo, como yo, y come lo que yo como. Y si no la pusieron a cinchar el barril jué porque pal barril hay animales más suficientes que usté.

—Todo eso es verdá, Ña. Pero mis hijos...

—Ya sé que tiene dos bajo techo, comiendo fino; que de vez en cuando corren entre andariveles... Pero ya los veré aquí cerca...

—¡Usté lo que es es una vieja envidiosa, atrevida, ruin...

—¿Y usté?

Bueno. El ruidaje que se levantó allí sacudió la bíblica paz de la tierra. Relinchos y mujidos en veinte cuadras a la redonda alzaron teros despavoridos, encuevaron tatuses y alarmaron zorros. Hasta una crucera que sobre el plan de una losa estiraba plácida y sibaríticamente la digestión de un aperiá, tuvo que curvar anillos y buscar su casa. En medio de ese desaforado concierto de imprecaciones e insultos, de entre las tunas y ásperos arbustos y piedras que dijimos salió don Jeromildo, burro encorpado que había desertado del servicio luego de destacarse deshaciendo a coces un carro, carro que manejaba el negro Canuto quien ese día se tomó la libertad de aplicarle tres arriadorazos de más de la marca; negro que voló por los elementos entreverado con el surtido que llevaba a las casas pegándole, en tal viaje, una vara del vehículo en el lomo, que lo tuvo quince días a catre y ungüentos de la curandera Virgilia.

Erizado apareció Jeromildo, chorreando ira. Y ya gritó:

—¡Basta, canejo, carcamanas de mandinga! ¡Me han cortao la siesta en lo más projundo, sotretas! ¡Ya va pa más de una vez que pasa lo mesmo y esto tié que terminar o lo termino yo en zipizape!

Aplastadas, temblorosas quedaron vaca y yegua porque, en verdad, la inesperada aparición de Jeromildo y su arrasante explosión fueron impresionantes. Pero Jeromildo era un ser hondamente sensato. Suavizó las chuzas de crin y rabo, ablandó el mirar.

—Ta bien, ta bien, —dijo— esto no va ser cuestión de yo seguir gritando y ustedes encogiéndose. Lo que usté ha dicho, Ña Vaporosa, es razón grande. Na pué hacer Ña Tres de Bastos contra el destino que le ha caído. Y si entodavía ella ta viva le dé las gracias a andar en tres patas, cosa que le ha privao a don Moreira de haberla metido en un rodeo pa terminar en el matadero. Ña Tres de Bastos igualmente tié su razón, y grande. Usté, Ña Vaporosa, se dio vida de lujo mientras sus patas le dieron plata a don Moreira. Entodavía la tuvo cuando la enyuntaron con el tostao aquel, que jué su marido y usté parió dos potrillos que aura son parejeros. Pero se le concluyó eso, y ya ve como anda: vecina mía y de Ña Tres de Bastos, mesturada con lo más ordinario del bichaje. Y asina será con sus hijos en cuanto se les añuden las patas, como sucedió con su marido que aura anda de bolero de diligencia, matao y rabón; y cuando en algún peludo fruncido afloja, la mecha del látigo del mayoral Cardozo le raya los cuartos muy suficientemente...

Tomó resuello Jeromido. Luego continuó:

—Aquí el único que puede alardiar algo soy yo que me enarbolé al hmbre. Porque el mesmo zorraje, el mesmo mutilaje, hasta la crucera y el bagre tan pendientes tuitos los días, a tuitas horas, de la maldá del cristiano, dentrar en el lote, que si el hombre quiere, con acorralarme un día y meterme un plomo en el mate sanseacabó cayó en jueves. Pero el hombre sabe que yo a mordisco y patada me viá defender; y él es un bicho —el más ordinario de tuitos, mayormente— que busca el premio disparándole

al riesgo. Y pa que vean lo que son las cosas usté, Ña Tres de Bastos, mentó aquello de que el toro no se fija en pata más o menos en asuntos del querer. Tuitos los irracionales semos asina, Ñas; esa es una cosa que nos pone por encima del hombre por más que él se crea y se titule jefe. Usté con tres patas, o en un suponer Ña Vaporosa con una sola, merece el amor de uno de su raza a la par de tuitas, que merma de peso no quié decir merma de sentimiento. El cristiano en vez le niega a la fea lo que a la fea debe pertenecerle; y eso es injusticia, por muy cristiano que sea el que la comete. Y si, como ya se ha dao el caso, con una fiera se aparea, por interés ha de ser. Le chupa los bienes dándole males, lo que quié decir que es dos veces malo. ¿Dos veces?? ¡Si los he conocido que son diecisiente veces malos! Sin dir muy lejos, el vecino de don Moreira, comandante Cuadrao, hizo matar su mujer, que era fea, sí señoras, pero una santa, pa hacer cama con una manada de infelices que, la que le aparece con cría la despacha, camino alante sin una pilcha y sin un cobre. La casa se ha güelto timba y pulpería y aquello es un infierno. ¿Qué les parece?

Jeromildo miró a las cuatro distancias, pensativo. Después murmuró sordamente:

—¡Ese es el bicho que nos han puesto de jefe...

Y a largos pasos desapareció tras las piedras, tunas y ásperos arbustos.

el durazno embrujado

Una pasión avasallante había hecho nido en el pecho de Eberildo Fonseca. Era algo tremendo. Sabía que Isolina Duarte era plaza inexpugnable para él; muralla, puente levadizo, troneras: su padre, su madre, el novio que tenía. El trabajaba en la estancia que heredaría ella. Era peón de campo y además guasquero. En este arte sobresalía. De lejos venían a encargar y admirar sus trabajos. Era alto, membrudo, muy voluntario para la tarea. Eso sí: cuando maneaba su montado frente a la pulpería de Carrasco había que ir a moverlo. En fin...

Esa mañana ensilló temprano. Por dónde apareció el diablo no se sabe; la cuestión fue que metió la cola. En el mismo instante de estribar sintió el grito de Isolina en una voz que sonaba como un cascabel:

—¡Eberildo!

Bajó la pierna, asentó el pie en el suelo.

—Ordene.

La vio, más bien la sintió arrimársele.

—¿Va para la pulpería, Eberildo?

—Sí señorita.

—Mire... (se lo dijo en una sonrisa) para el sábado preciso que me termine el juego que me está haciendo. Las riendas quedaron preciosas...

—Se terminará...

No pudo decir más, la tenía muy cerca... montó y arrancó de galope.

Hora y media después entraba a la pulpería de Carrasco. Junto a una ventana se sentó con-

tra una mesa en compañía de un recién conocido, buen adversario en el levante de vasos. Ya habían cambiado de tema como diez veces, cuando llegaron al del ganado rabón.

—Sí señor —decía Eberildo— lo pior es que del ojo no me la puede borrar nada ni naide, ni yo mesmo, y eso que quiero, pues conozco que no es pa mi pico. Es hija del patrón y tiene ya promesa formal con un mozo muy alarife y pa mejor ricazo. No, amigo, no es pa mi pico; pero la cuestión es que sabiéndolo, y sabiéndolo hasta la projundidá, no me la puedo sacar de encima, y no es porque ella se eche, sino que yo mesmo me la echo, noche y día, y al mesmo tiempo quero sacármela de una vez por todas. Por eso le digo...

—La verdá —expresó el otro —es que su asunto es muy fruncido. Pero conozco otros... Mire: le viá decir algo... ¡A ver, Carrasco, llene los vasos!

Luego de empinar y dar tres chupadas a su cigarro siguió:

—Güeno: un amigo tenía que andaba por sobre más o menos como usté, corrido hasta por los perros y los gatos del rancho ande él iba perdiendo la sangre na más porque en él vivía una china moza que no lo tragaba ni compuesto con gofio. No sé quién le sopló lo de la cencia de Mama Sica. Allí jué y ella le dio un algo pa que se lo hiciera tragar. Se las arregló con una pardita que en el mesmo rancho vivía... Dos o tres días dispués, en una pasada, ya él vido que ella le ponía el ojo suave. Vea: hace seis años que se acollaron y viven muy superiormente. Asina es que...

—¿Cuánto hay de aquí a lo de Mama Sica?

—Unas dos leguas. Pasando la picada Sucia, a la izquierda...

Púsose de pie Eberildo. Dijo a Carrasco que volvería a almorzar; salió, acomodó el caballo y entró al corredor. Tres horas después se apeó allí de nuevo. El sudor y la tierra del camino le habían rayado el rostro con largos trazos pardos, parecía un indio en malón.

—¡A ver Carrasco, una doble!

El aparcero de la mesa ya estaba con una macaca que parecía orangután.

—Ya juí, amigo, y le agradezco el consejo. Mama Sica me garantió la liga. Pero tengo que llevarle un durazno...

—¡Durazno! ¿Pa qué durazno?

—No sé; pero tengo que conseguir un durazno...

Entonces terció el carretillero Silva que allí había llegado de paso:

—¿Precisa duraznos? Yo voy pal peblo y pasao mañana estoy de güelta. ¿Cuántos quiere que le traiga?

—Una docena y cóbreme lo que quiera.

Tres días después, durazno en mano, cayó a lo de Mama Sica. Y al otro pudo entregar el trabajo pedido por Isolina. Esta tuvo como un deslumbramiento al verlo:

—¡Ah, Eberildo, usted es un brujo! Cuando mi novio le plante todo esto a su colorado va a ser un festejo!

El hombre había quedado abollado con su durazno en la diestra.

—¿Y ese durazno, Eberildo?

—Se lo truje de la pulpería... pa usté, niña...

—Pero... bueno, démelo. Y muchas gracias...

En el dormitorio de Isolina, sobre un mueble, quedó el durazno. Y allí estaba cuando al anochecer entró la negra Tunica Díaz a arreglar el cuarto. Vio el durazno y se dirigió a Isolina:

—Le está chorreando el mueble, niña, rediténdose de maduro.

—Y... cométélo vos.

Marchó Tunica a la cocina. Y en la cocina, ella y la rubia Floricia Espejo, se lo comieron.

Tunica andaría por los veinte años. Tenía un cuerpo de airosas líneas, ojos retintos, grandes... pero la nariz aplastada y una geta enorme le guardaban el cuerpo. Sólo cuando la negra reía esfumaba algo la imponente fealdad de tan jeta ante la albura y perfección maravillosa de sus dientes. La rubia era algo serio. Tendría treinta y pico de abriles, más bien dicho agostos. Petisa, pecosa, revuelto el pelo que jamás conoció peine, de gesto ríspido y palabra mal sonante. Pues bien: entre estos dos seres vino a caer Eberildo Fonseca, por meterse en camisa de más de once varas, que fue el pretender hacer suya a Isolina con la virtud satánica de un durazno, pues pocos días después de comido éste por la rubia y la negra, ambas comenzaron a clavarle y enternecerle los ojos, y a irse en suspiros. Fue algo insólito. Prenda que le aparecía rota o manchada era motivo de arrime para la negra.

—A ver, Eberildo, dame esa camisa y esa bambacha pa remendártela; no te puedo ver rotoso, tan güen mozo como sos.

En la cocina, la rubia se multiplicaba para darle lo mejor. Cuando en el plato del desdi-

chado caía el más encorpado caracú, el más radiante choclo o el boniato más dulce, los otros protestaban por aquello que ya iba siendo sistemático. Y Floricia estallaba:

—¡Cállense, cascarrientos! ¡Se han puesto muy delicaos; debían de comer en batea!

Al principio aceptó estas ventajas el hombre. Cuando iba a la pulpería iba jarifo, acicalado, enfundado en una muy bien planchada camisa, limpias las botas, terso el pañuelo: un figurín. Por otro lado se veía gordo y relumbroso, pues la dieta en que lo tenía la rubia no la desdeñaría Sancho Panza. Pero es el caso que en cualquier repeluz en que la negra lo encontraba solo se le arrimaba como gata en celo, se le pegaba... y la negra no era Isolina. Con Floricia el asunto era más serio. Una vez que los peones salieron al trabajo y él quedó solo en el galpón cortando unos tientos para un pedido urgente, le cayó como un tifón y anduvieron por el suelo, más en lucha romana que en escarceo amoroso. La rubia lo mordió todo, lo arañó, pues estaba frenética, y él salió galpón afuera que lo llevaba el diablo. De no tener los sesos sorbidos por Isolina hubiera aceptado aquellos privilegios, pues campo es campo... Los pobladores de la estancia se fueron enterando de aquellas pasiones desatadas... y Eberildo no tenía otra salida que sentarse solo, lejos, y pasarse horas rascándose la cabeza y murmurando:

—Pero amigo... ¿por dónde les habrá dentrao mandinga a esos basiliscos?

Además de una gran amargura iba pesando sobre él. Lo del durazno había sido fantasía. A lo mejor aquel amigazo de la pulpería trabaja-

ba a medias con la bruja y le llevaba ya los mistos cazados...

La crisis se produjo aquella lluviosa tarde de enero. El vaho de la tierra caliente, la quietud de la casa... En la baranda estaba Tunica pegando un botón en el saco de Eberildo. En mala hora pasó por allí la rubia, recién salida de una borrascosa siesta, y se detuvo cerca de la otra. Comenzó a observarla con ojos fijos.

—¿Qué me estás mirando? ¿Te debo algo?

—No me debés nada, porque yo no tengo negocios con negro. Lo que estoy mirando es cómo te has güelto gallina de Eberildo. ¿No te has mirao el cuero, las motas, ni sentido tu catinga?

—¿Y vos no te has mirao esa porra que tenés de pelo, como pa llenar bastos, y esas pecas que te dejan la cara como vidrio de confitería, y los años que tenés en cada pata, culeca vieja?

Bueno no podemos reproducir lo que siguió, porque si la negra llenó el corredor con sus detonantes alaridos, la rubia lo sacudió con lo más subido de su vocabulario. Se conmovió la estancia desde las casas a los chiqueros. Allí concurrieron, unos por afuera y otros por adentro, patrones, peones y servidumbre. El padre de Isolina, que era de los de pelo en pecho, dio dos gritos terribles y pudo hacer silencio.

—¡A ver, Eberildo, prepare sus cosas que yo mesmo le viá arreglar la cuenta! ¡A ver, Tunica y usté Floricia, arreglen sus mulambos! ¡A ver, Felisberto, prenda el carro y cuando estas alzadas estén prontas, las carga y las lleva pa ande sea, y si no van a gusto las larga en el co-

poder de la sangre

Tres ranchos hacían el *Puesto Grande* de una enorme estancia. Se fueron amontonando otros junto a ellos. La cosa terminó en el pueblo Puesto Grande, con unas diez casas de ladrillo y teja y el resto de adobe y quincha.

Allí llegó un día el vasco Martín Otaola. Le gustó el lugar con su arroyo de espeso monte al sur, y una sierra brava al norte. Comenzó con una pulpería. Poco a poco fue suplantando las paredes de terrón por otras de piedra, que allí sobraba. Al fin su comercio de ramos generales fue sólido. A su vera alzó un frontón con un buen piso embaldosado: lujosa aquella cancha. El mismo hacía las pelotas para el juego, que retobaba con piel de perro; firmes y vivas. Se juntó con una china del lugar que le dio un hijo idéntico a él. Tan idéntico que hasta heredó su modo de hablar; tanto que quién no lo conociera lo tomaría por salido del país vasco, recién desembarcado de algún velero. Permanentemente llevaba camisa remangada, pantalón blanco que apretaba con faja negra, alpargatas abajo y boina arriba. Muerto el padre quedó dueño del almacén y cancha que siguió atendiendo eficientemente.

Cierto domingo de una hermosa mañana de estío la enramada del frontón hervía de gente. Se había terminado un encuentro de desafío. En ese mismo instante ataba su caballo al palenque, en el que mosqueaban colas muchos otros, un paisano de larga menena, bigote caído, chiripá de alpaca, botas de potro con cantares na-

zarenas, ancho cinto de piel de yaguareté. Su estatura tiraba más bien a baja; el pecho amplio, los brazos musculosos. En la enramada había una mesa donde un negro servía copas. A ella se arrimó y pidió un anís doble.

El vasco Mingo —que así llamaban al dueño y canchero de aquel negocio— observó al nuevo en el pago. Se le acercó.

—Buen día, amigo. ¿Pasiando?

—Güen día, don, es verdá.

—¿Juego de pelota, te gusta?

—Me gusta.

—¿Juegas?

—Manoteo.

—¿Quieres hacer partido?

—No conozco a naide.

—Juega conmigo. De zurda te juego.

—¿No será zurdo usté?

—Derecho. Pregunta a quién quieras.

El paisano rascó la cabeza un momento.

—Güeno, ganas tengo...

—Pero, mira: pa hacer mejor partido por cinco patacones que sea.

Vuelta a rascarse el hombre.

—Y... medio caro me va a salir el despuntar un antojo...

Pasó al ranchejo donde se mudaban los jugadores. Salió de pie descalzo, con el chiripá alzado, en camiseta.

El vasco era un extraordinario pelotari, no había quien le ganara allí y en lo largo y ancho de muchas comarcas. El paisano caracoleó bastante sobre las baldosas, erró mucha pelota clara; pero pegaba fuerte, era ágil. Ganó por tres tantos. Disgustado quedó el vasco, haciéndole cosquillas a su amor propio.

—Dame revancha.

El paisano, mansamente, sonriendo contestó:

—Y güena revancha pa que no haiga sangre. Juégeme libre.

Mingo le clavó los ojos como dudando de aquella generosa oferta, trazó una mueca de ironía.

—¿Libre?

Encogiéndose de hombres siguió:

—Hombre eres tú quien desafías.

Comenzaron la brega. La aparcería, una sola a favor del vasco tronaba apuestas. El paisano de vez en cuando tomaba algunas. Ganó. Mingo congestionado, chorreando sudor, explotó su ira.

—¡Algún tapao debés ser, defachatao y sinverguenza diría!

Serenamente le contestó el paisano:

—Yo no hablaría asina si hubiera perdido. ¿Quiere que le devuelva tuito? De zurda le juego.

Y terminó el tercer partido. El paisano cobraba paradas con olímpica calma, a pesar de algunas candentes indirectas que escuchaba. Ronroneaba allí un rumor de repudio y de cólera. El vaco Mingo, sentado contra otra mesa, casi lloraba.

—¡Paisano bandido, zorro sin cola...

El forastero se le acercó en una de esas y le expresó con la mayor finura:

—Las pelotas usté las puso lo mesmo que el juez; ¿qué ventajas le saqué? Vea, amigo: como yo le gané a usté hoy a mi me han ganao muchas veces. Pagué callao lo que jugué y no destraté a naide. Asina es que vamos a respetarnos. Me han dicho que aquí se come. Pues

viá comer por lo ancho que hambre tengo. Y haga servir una güelta, o dos, al que guste, y el que quiera comer conmigo que lo haga.

Un hombre viejo, que allí estaba, habló:

—Al señor le sobra razón. Hubieran ganao taban contentos. Le viá acetar una giniebra, don...

Al fin, terminado su almuerzo con una enorme tajada de dulce el hombre, liquidados dos litros de vino en amable compañía con el viejo, rodeado de muchos que también comieron, el vasco se le acercó:

—Mira, paisano, disculpa te pido, muy caliente estaba. Nunca creí que animal alguno con zurda me ganara.

—Ta bien, amigo. La vida tiene sus refalones; pero desbarrancarse no es augarse.

—¿Tomas café¿ Tengo uno retinto y espeso como mota de negro. Y mientras, truco te juego.

Aquí fue el forastero quien lo miró incrédulo.

—¿Al truco? Güeno, si es de su voluntá...

Otra vez, rodeados de mirones atentos y apostadores, cruzaron sus ciencias al paisano y Mingo.

Estaban en la tercer partida —dos ya había ganado el vasco, desnorteado el forastero— cuando éste bajó de golpe su diestra, dejó las cartas sobre la tabla, y habló de esta manera:

—Vea, vasco: le viá devolver la plata que le gané a la pelota y usté me va a devolver la que me está ganando al truco. Lo he venido bombiando, me ha jugado con una carta empalmada en esa manopla que más que pa pelota parece que jué hecha pa naipe. Y ya que tamos en esto le diré que si ando como ando, de chiripá y nazarenas, de tirador y lazo a los tientos, no

es por jinete ni gaucho, que ande tropiece el montao salgo por las orejas. Lo hago pa cazar mistos, como lo cacé a usté a la pelota, y como he cazao otros a la baraja. Pero parece que usté es águila de alto vuelo: pa verle el empalme tuve que pasar a lo largo de dos partidos, echándole la culpa a Mandinga porque siendo gringo me taba sobrando al truco. Asina es que...

El vasco levantó la testa, que baja la había tenido en tanto oía la retahilla del forastero, y marándolo con ojo limpio expresó:

—¡Rediés, muy verdá lo que has dicho! Paradas quedan como si jugar no hubiéramos. Sí, sí, con mula te jugué al truco, una y hasta dos cartas pegadas en zurda. Con mula me jugaste tu con esa chamuchina de chiripá como llegaste, botas de bicho alzao, cinto con reales pegaos, y lazo colgando. Pero mira: dudas tengo, ¿dónde aprendiste juego de pelota?

—Mire, don Mingo: mi tata jué Luján de apelativo, más criollo que ensopao de moñato; mi mama, que él se agenció en un viaje de tropa, Chazarreta, una vasquita, entodavía vive, fresca como hoja de camalote y cantora como cardenal encelao...

—¡Rediés, ya me parecía que sangre vasca debías tener metida en cuerpo!

—Y usté, don Mingo, ¿de ande sacó esa sabeduría pal truco, acláreme eso si no le parece mal?

—¡Que va a parecer mal! Mi padre, apellido Otaola, vizcaino redondo, se pegó aquí con criolla Burgueño, china dura pal trabajo, pero taimada como gato. Viva la tengo, ordeña y raja leña tan bien como juega truco y primera con trampa que ni zorro...

—¡Ya me parecía gringo, que algo gaucho te retozaba en la sangre!

Un gran abrazo coronó aquella doble declaración.

Cerca del pueblo Puesto Grande, cierto día cayó un rosario de durmientes y sobre ellos doble fila de rieles. El humo de las locomotoras llenó de sombras el pago. Hombres, mujeres y niños se fueron ausentando buscando alivios... que se volvieron torturas a muchos. Los ranchos comenzaron a convertirse en taperas y en ruinas las casas, donde ganaron alimañas. Aún se ven rebeldes al tiempo, las paredes que el viejo Otaola levantó enamorado de un cielo limpio, un monte virgen y una sierra bravía. También el frontón resiste; pero resquebrajado, festoneado de salvajes lianas. Ya no bota allí, no botará más, alegremente la *felina pelota*. Mingo y el paisano Luján ya se desintegraron en la madre tierra. Hay que acatar las leyes del tiempo aunque sean impías algunas.

perfil de aquilino moreira

Rumbo al Abra de Toledo iba el hacendado Juan Luis Laguna. Lo seguían tres coches que llevaban su esposa, hijas y algunas parientas; y una nutrida caballería: hijos y amigos. En el centro de esta bizarra columna, el caballo Relámpago, bayo de patas finas, nervioso, marcha-

ba llevado del bozal por el negro Remigio Sosa; lo flanqueaban el corredor Pistola y Aquilino Moreira, agregado, guarda espalda de Laguna. Cerraba el grupo una carreta cargada de carpas, camas, etc.

Relámpago se mediría con Espejo, de don Narciso Olivera, oscuro de ancho encuentro, que al sol relumbraba como si fuera de bruñido ébano. Tal carrera se había desafiado hacía un año, tiempo en que fue tejida, cosida y bordada en el comentario de muchos pagos.

Cuatro días antes de celebrarse la porfía Laguna llegó al Abra. Acampó lejos de la cancha donde comenzaban a levantarse negocios flotantes. La costa del monte se iba poblando de carros, carretas, y paisanos que no contaban con más cama que el apero ni más techo que el poncho. El humo de los fogones a veces velaba la luz del sol.

Aquel Aquilino Moreira que nombramos había aparecido en la hacienda de Laguna haría tres años. Del norte llegó llevando una carta de un compadre de don Juan Luis, don Marcelino Pereira —brasileño muy rico que tenía sus establecimientos del otro lado de la línea— en la que decía, más o menos: "Ese hombre que te lleva noticias y saludos míos te va a hacer mucha falta, compadre... etc."

Permanentemente Moreira vestía un equipo impresionante: chaquetilla negra, chiripá de vuelta y media, botas de potro, nazarenas enormes; y ajustado a su ancho cinto un puñal gigantesco. El mirar del hombre y su voz imponían respeto. Rara vez reía; pero cuando daba aire a una risotada —que en el correr del tiempo fueron mentadas— se sentía un temblor co-

mo bajo la imponente explosión de un trueno. A veces, en rueda familiar, le preguntaban por su pasado. Moreira decía:

—Vale más no revolverlo, tiene un jedor como de carnicería, mucho finao...

Con estas respuestas, su facón y su risa detonante se había hecho una personalidad de héroe. Casi había llegado a destruir una especie de mito que por aquellos centros corría. Cuando alguien, en tal o cual reunión, quería pintar el más elevado coraje, decía:

—Guapo como el capitán Sánchez.

La primera vez que Aquilino oyó esto, permaneció mudo. Pero la segunda sintió cosquillas.

—¿Se pué saber quién es ese prójimo?

—¿El capitán Sánchez? Pero, amigo... Aura vive por el sur. En las patriadas jué el lancero que ejaretó más cristianos, y facón en mano ha tarjiao más atrevidos que el domador Madruga al sombrero.

—Ta bien... Quisiera aconocer a ese tan aponderao varón...

Corrióse la carrera, ganó Relámpago. La muchedumbre rebasó las carpas. Bajo una inmensa enramada el estanciero Laguna presidió una rueda de amigos, eufóricos todos por haber hinchado cintos merced al bayo.

De pronto apareció un hombre montado en un cebruno que caminaba al parecer cansado: corríale el sudor, la boca desaparecía en espuma. Se apeó el viajero, maneó, un instante es-

tuvo mirando los grupos. Al fin se acercó y preguntó:

—¿Se poría saber quién es el señor don Juan Luis Laguna?

Suave era el acento, comedido el modo. Alguien indicó:

—En aquella rueda ¿ve? el hombre de melena y pera tordilla...

Allí fue. Cuando se acercaba al hacendado, Moreira, levantándose, le cortó el paso.

—¿Qué se le ofrece, don?

—Na más que saludar al señor don Laguna.

—¿Na más? ¿Qué horas de aparecer son estas, dispués de corrida la carrera?

—Tuve un encontrón en el camino, quise apurar, vea como traigo el caballo.

Aquilino lo midió a ojo, de cabeza a pies. No había más que pensar: venía a pechar al patrón. Había*bombeao* la carrera de lejos, conoció el ganador. Hubiera triunfado el oscuro a estas horas estaría pegado a don Narciso Olivera...

—Vea, amigo: acéteme un consejo, déjelo a don Laguna que muy ocupao ta con su aparcería. Siéntese, tome algo, y dispués vaya a soltar su cebruno, que descanse.

Un buen momento estuvo el otro observando a Moreira. Luego habló:

—Mire, señor: le agradezco el consejo, pero soy breva muy madura pa acetarlo. Yo he venido a saludar al señor Laguna y más nada. No sé quién es usté, ni me importa; no tengo por qué seguir hablándole, pues.

Había cierta humilde urbanidad en la palabras del desconocido. Moreira explotó:

—Muy empinao me parece! Si yo le ofrecí consejo jué por la projimidá; aura le digo: ¡mándese mudar sobreimediatamente, que pa pechadores con los burros que hay en la estancia alcanza, y ...

No lo dejó terminar el recién llegado.

—¡Basta! Pele ese facón que trái atravesao en la barriga...

Aquilino detonó una de sus risotadas.

Para esto, en la enramada todos habían parado la oreja, como quien dice, pues las voces del agregado y el forastero habían subido un punto más de lo corriente; ahora la risa de aquél, estruendosa, había cortado todas las voces. Se sintió un tufo a yaguareté. Moreira expresa, en seguida de su explosión:

—¿Conque me querés peliar, carpincho de cañadón seco? Pelá ese mata borregos que a ponchazos te viá sacar campo ajuera más ligero que a ñandú mozo...

Y en tanto las palabras de Aquilino irónicas, altaneras y agresivas seguían brotando, sonaron otras en la boca de uno que se levantó:

—¡Pero si es el mesmo capitán Sánchez, quién lo diba a creer!

Y en dos saltos estuvo junto al viajero.

—¡Capitán, soy Susviela, el que sirvió con usté en la del...

Un gran murmullo se hizo bajo la enramada; y en tanto se iba ampliando, en el rostro de Moreira se iba ampliando una sombra lívida... Pero ya el hombre había dado suelta a su indignación.

—¡Dejame Susviela dispués te abrazo; pero antes tengo que deslenguar a este macaco!

Y avanzó. Por cada paso que el forastero daba rumbo a Moreira éste daba dos rumbo al campo; y cuando tuvo un caballo a mano, con agilidad felina desmaneó y estuvo en el recado. Y sobre un redoble de patas se perdió a lo lejos.

Levantáronse todos. Sosegado algo el ambiente el forastero habló:

—Vea, señor Laguna: va pa tres años que salí del Brasil con una carta pa usté. Bandiando pa este lao me topé con una partida con la que no quise trifulca. Tuve que azotarme al Yerbal, que venía crecido. Dejé en la orilla maletas y apero pa alivianarme. Anduve a monte un tiempo y dispués, a saltos gané el sur. Al fin pude enderezar mi vida. En aquellas maletas iba la carta, que era de su compadre don Marcelino Pereira...

Un profundo silencio se hizo. Luego Laguna habló de esta manera:

—Esas maletas, con toda seguridá, las encontró Moreira, en la partida debía andar. Vio la carta, a usté lo dio por dijunto y aprovechó la bolada. Va pa tres años que ha vivido a mis costillas... y a las de otros muchos. Pero no me pesa, capitán: el jabón que usté le dio recién vale por toda la pulpa y la plata que me ha comido.

Y ahí mismo rompió una carcajada que hizo temblar los palos de la enramada. A ella se fueron sumando otras y al fin aquello fue un cataclismo espeluznante, tanto que del monte salió la gente alborotada, y dieciocho caballos volaron por el campo como si Satanás los arreara...

Pero Aquilino Moreira volvió a la estancia de Laguna. Ahora es peón ordeñador. Cada vez está más gordo.

INDICE

OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

El Uruguay y su gente, Carlos Maggi

Los días siguientes, Eduardo Galeano

Las cuatro, Carlos Martínez Moreno

Mis tangos y los atenienses, Víctor Soliño

Tres novelas cortas, Juan Carlos Onetti

Antología natural, Mario Benedetti

Historias del Bajo, Ramón Collazo

Los días por vivir, Carlos Martínez Moreno

El servicio social en América Latina, Varios autores

Juan de los desamparados, Julio C. Da Rosa

ESTE LIBRO SE TERMINO
DE IMPRIMIR EL DIA 20/11/67
PARA EDITORIAL ALFA.
CIUDADELA 1389 EN LOS TA-
LLERES GRAFICOS EMECÉ,
GONZALO RAMIREZ 1806 EN
MONTEVIDEO, URUGUAY

EDICION AMPARADA EN LA
COMISION DEL PAPEL
ARTICULO 79 DE LA LEY
13.349

alfa

JOSE MONEGAL es uno de los más conocidos autores de cuentos ambientados en nuestro medio rural. Por muchos años su producción se ha venido publicando en el suplemento dominical del diario **El Día,** aunque es autor de varios libros que lo perfilan como lo que esencialmente es: un narrador nato: Su obra se extiende desde 1938, en que aparece su novela **Nichada,** hasta 1966 en que se publica su cuarto volumen: **Cuentos.** Antes había publicado **Memorias de Juan Pedro Camargo** y **12 cuentos.** Fino humorista, paisajista sensible, sutil conocedor del ambiente campero y de su lenguaje, maneja esos elementos con dotes literarias propias que están brillantemente expuestas en esta selección de **Nuevos Cuentos.**

CARATULA DE M. LACURCIA